

LECTURAS CATOLICAS
DON BOSCO

Publicación Mensual Recreativa y Moral

Registrado como art. de 2a. clase en la Admón. de Correos de México, D. F., con fecha 22 de febrero de 1944.



Director responsable: **Sr. Daniel Zurita.**

Apartado Postal 927

Moneda 24.—México 1, D. F.



Subscripción al año 8.00 Moneda Nacional

Extranjero 1.25 Dollars

Número Suelto 0.80 Moneda Nacional

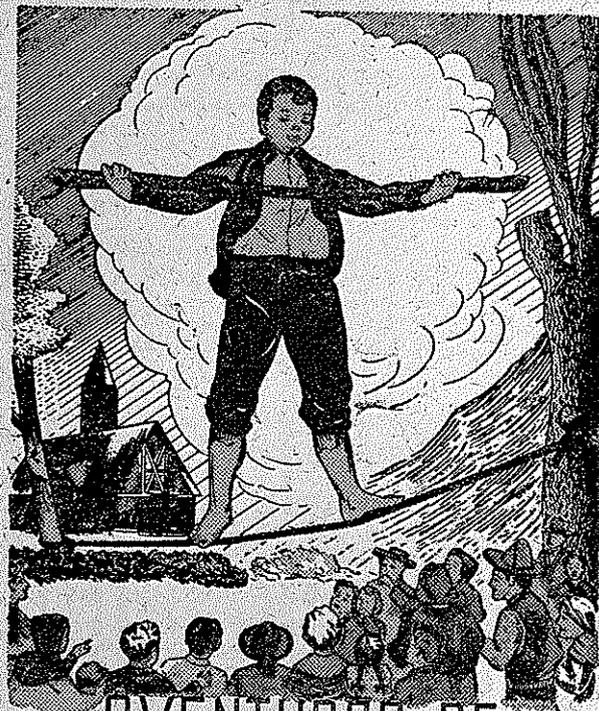
Extranjero 0.20 Dollars

No. 110

AVENTURAS DE JUANITO BOSCO

ABRIL DE 1953

Lecturas Católicas "DON BOSCO"



AVENTURAS DE
JUANITO Bosco

POR DANIEL ZURITA

SALESIANO

ABRIL 1953

NUM. 110

LECTURAS CATOLICAS "DON BOSCO",

AVENTURAS
DE JUANITO BOSCO

POR

DANIEL ZURITA, S. S.



EDICIONES SALESIANAS

IMPRIMATUR:

Lo decretó el Excmo. señor
Arzobispo de México, Dr. Luis
M. Martínez, en Of. No. 1324.

Doy fe:

Dr. Pedro Benavides, Srío.

México, 9 de abril de 1943.

PROLOGO

¡Juanito Bosco!..... ¡Nombre atrayente que embelesa y arrastra a las almas infantiles con su vida, epopeya de heroísmo y compendio de sencillez y grandezas cristianas!

Cuánjas veces hemos visto que ha cautivado a jóvenes y niños, quienes ven en su bondad al amigo fiel y en sus travesuras al niño de carne y hueso que llegó a ser santo en el ambiente común a todos los demás.

Juanito Bosco vivió la vida infantil y en medio de la alegría propia de esta edad forjó en su pecho un corazón fuerte, que amaba todo lo grande, como la santidad, el arte, la poesía, la música.

Tal es el secreto de ese poder de atracción que tiene, apenas es conocido.

En este libro, amigo lector, tienes a Juanito Bosco como modelo de los niños de tu hogar. Al leerlos extrae, como la abeja, el néctar de estas flores de suavísima santidad, para endulzar sus vidas y perfumar sus almas.

LA CASA DE JUANITO

¿Has visto, estimado lector, un nacimiento de esos que las legendarias costumbres de nuestros pueblos cristianos levantan en tiempo de Navidad? Verdes colinas salpicadas de casitas, regadas con riachuelos, circundadas de árboles, que miran risueñas el verdor de los campos y los caminos que serpentean por doquiera Así es Castel Nuovo D'Asti que dista hora y media de Capriglio. Al este la defienden los pueblos de Pino y Mondonio, al sur extiende como alfombra multicolor sus campos exuberantes; una hermosa colina al oeste la separa de Moriondo. Es una reina circundada de viñedos, de trigales que reverberan a la luz del sol, y donde los céfiros se mecen en el estío para templar los rayos calurosos del astro rey. La sencillez de sus habitantes se refleja en su cielo azul plácido. Entre esta población de Castel Nuovo D'Asti y Capriglio, a medio camino entre bosquecillos, sobre una colina se levanta el caserío llamado "I BECCHI". Ahí encontrarás una casita "pobre y bien

arreglada, y una mujer, Margarita Occhiena, que tiene entre sus brazos un hermoso niño de pocos meses. El tierno infante mira a su madre con la sonrisa en los labios y al dirigirle miradas de amor inconsciente juega mientras la madre lo estrecha contra su corazón. Nació el 16 de Agosto de 1815 y es el segundo hijo, que ha bautizado con el nombre de Juan.

Es casi el atardecer. Mientras las brisas vespertinas mecen las copas de los árboles y los pajaritos gorjean, se van acercando los segadores cantando el tradicional "Alabado sea Jesús Sacramentado...." De pronto se abre la puerta de la casa y aparece un tercer personaje: hombre robusto y de agradable aspecto: su frente perlada por el sudor es serena y amplia; cuenta 31 años.

Deja pausadamente en el ángulo de aquella humilde recámara los instrumentos de labranza y se dirige hacia el niño, su hijo, y lo toma entre aquellas manazas de campesino, llenas de callos por el trabajo, lo levanta mientras el niño sonríe, lo mira, y termina estampando en su rostro un beso..... Francisco Bosco es nuestro personaje. Cansado por la brega se sienta sobre la cama saludando a Margarita.

—Francisco, exclama, ¿vienes cansado?—

—Un poco, pero muy contento.....La cosecha es-

tá por terminar, todo va bien..... pensaba en esta criatura y por eso vine antes.

Al terminar estas palabras, recostó a Juanito en la cama mientras Margarita, siempre afanosa y buena, preparaba la "polenta". La tarde caía llena de celajes de luz y de colores..... los cielos perdían su luz para convertirse en oro.....y las puertas de la modesta casita se cerraban como siempre, doradas por los rayos de la felicidad que había aumentado, al aparecer este cielo hermoso: el pequeño Juanito Bosco.

¡NO TIENE PADRE!

Dos años habían pasado..... La felicidad de la casa Bosco era inenarrable. Juanito era un encanto..... Ya sabía balbucir los nombres mas sagrados de Jesús y de María. Hacía la señal de la Cruz, reconocía a su padre cuando volvía del campo y señalaba el cielo donde están los angelitos. Muchas veces, ayudado de su padre se arrodillaba ante la imagen de María y como el pequeño Samuel, con sus manos juntas, parecía un serafín. La dicha aumentaba cada día, pues el niño manifestaba dones extraordinarios y era el embeleso de sus padres. Estamos en el mes de Abril del año de 1817. Francisco como siempre una tarde bella llegó del campo fatigado y sudoroso.

—“Buenas tardes te de Dios”, dijo, saludando a Margarita.

—Bienvenido, Francisco. ¿No ha habido novedad?

—Ninguna, mujer. He tenido que trabajar más que nunca para ganar tiempo.

Aquellas manos hercúleas se posaron en su frente para limpiarla. El hombre estaba bañado en sudor. Pero, ¿qué era esto en comparación de la alegría de ver a los suyos y descansar?..... Pero ¡Qué digo! ¿Descansar? Ese hombre no conocía el descanso. Sin más hablar, se levantó y salió. Había recordado que aún había luz suficiente para ir a la bodega del subterráneo y arreglar algunos racimos de uva que deberían darle vino. Abrió el cerrojo y penetró. Una impresión intensamente fría sintió en todo el cuerpo..... Comenzó a trabajar, pero no pudo. Un fuego abrasador lo consumía; se sintió desfallecer, y salió calenturiento.

—Francisco, ¿qué te pasa? —exclamó Margarita—, te veo pálido..... ¿Te sientes mal?

—Sí. Al entrar a la bodega sentí luego un mal-estar.....

—¡Dios Santo! Estabas bañado en sudor y has entrado a la cantina que está fría y húmeda. ¡Una pulmonía.....!

Instantes después Francisco estaba en su lecho presa de alta fiebre. Los días pasaron y el médico

del lugar luchaba contra la enfermedad que asfixiaba al pobre enfermo. Las huellas de la muerte comenzaron a presentarse en el rostro de Francisco. Margarita había luchado como una heroína que quiere arrebatar de las garras de una fiera al ser querido. Todo fué en vano. La alegría se mudó en dolor..... la felicidad en penas..... el venerable párroco había sido llamado para que ungiera con el Oleo Santo al enfermo dándole la Extremaunción. Fueron momentos de amargura cuando se abrieron los labios amoratados del hombre fuerte de otros tiempos y mirando a Margarita la llamó a su lado.

Margarita, balbuceó con las palabras entrecortadas..... Mira,..... el Señor me llama..... Cuán bueno es..... hoy es viernes, día en que recordamos su muerte en la Cruz..... Voy a morir pues ya no puedo..... es la misma hora en que el Señor dejó de existir..... No llores..... sé mujer fuerte y recuerda que allá donde está el Señor, donde no hay penas, nos hemos de reunir.

Fijando su vista vidriada sobre su amado Juan que formaba el centro de sus esperanzas y dicha..... dijo: —Cuidalo. Te recomiendo especialmente mis hijos, a mi Juan..... No pudo terminar esas palabras. La muerte arrebató a Juanito Bosco un padre cariñoso y bueno, sumiéndolo en la orfandad. El niño se había dado cuenta y quería hacer revivir al padre, quería estar con él, oír de sus la-

bios las palabras de amor de otros tiempo, pero su padre ya no existía. Margarita atravesada por la espada del dolor, al ver a su esposo muerto abrazando contra su pecho a Juanito lo sacó de la estancia anegada en llanto: ¡Hijo mío..... no tienes padre!

TRAVESURAS DE JUANITO

—Mamacita, ¿Me das permiso de ir a pasear con José, mi hermano?

—¿Adónde? Deseo siempre saber a dónde vas.

—Mamá, vamos a aquel prado, a cazar mariposas.

—Está bien. Y alzando la mano bendijo al hijo, recomendándole que fuera circunspecto y juicioso.

—¿Has visto las gacelas cómo alegres retozan a la orilla de los lagos? Así corrían felices los dos hermanitos. Para los niños el campo tiene una atracción doble: lugar para correr a sus anchas y respirar el aire puro. José, mayor que Juan, lo guiaba y ayudaba a saltar las zanjas y a subir los montículos del camino. Las horas se deslizaban dulcemente y ni siquiera se habían acordado de las mariposas. Margarita desde la ventana de su casa miraba a sus hijos: le parecían más hermosos y sentía que su corazón latía con vehemencia cuando

pensaba que los dos eran muy buenos: ¡Juanito un ángel del cielo!

—Mira ese saltamontes..... vamos a cogerlo..... Y mientras el pobre saltamontes se defendía dando saltos para buscar un refugio, Juanito preparaba su pañuelo para poder cazarlo. El prado, las flores, los árboles, todas las cosas entraban en el círculo de diversiones de los dos hermanos. Cansados y fatigados por el juego y el calor, regresaron a casa. La estación de verano en su apogeo, parecía despedir rayos de fuego.

—Mamacita, hemos llegado. ¡Qué calor! ¿Nos das un poco de agua? Ella miró los rostros encendidos y fatigados de los dos hijos y se encaminó a la cocina, tomó un vaso con agua y dándole la preferencia al mayor, se lo entregó a José. Juanito esperaba ser el primero y al ver que su hermano bebía antes, frunció el ceño, llenóse el chiquitín de amor propio y dió una mirada de soslayo a su madre. José entretanto escanciaba el vaso tranquilamente. Al terminar entrególo a su madre dándole las gracias. Margarita fué a llenarlo nuevamente y dándole al pequeño le dijo: Juanito, ahora a ti. El niño no levantó la vista, ni aceptó el vaso. Haciendo una señal negativa quedóse malcontento. La madre no dijo una sola palabra. Comprendió el alcance del capricho de su hijo, y en sus manos estaba corregirlo. Volvió a la cocina y guardó el

agua y colocó el vaso en su lugar. Sin decirle una palabra, continuó las faenas del hogar. La madre había vencido. Juanito sentía una sed abrasadora y sin más se acercó a Margarita y le dijo: —¡Mamá!.....

—¿Qué quieres? Repuso la madre.

—Dame por favor un vaso de agua.

—Creía que no tenías sed, y al decir estas palabras miró profundamente al hijo. Este, no obstante su edad, comprendió su falta y exclamó: —Perdóname, mamá. Su rostro se convirtió en una amapola, e inclinó sus ojos fijándolos en el suelo. Aquel carácter brioso, había sido vencido. Instantes después volvía Margarita con el vaso lleno de agua.

—Así me gusta, dijo ella al entregárselo, y con eso dulzura firme que indica carácter, miró a su hijo con la sonrisa en los labios. Hermoso cuadro digno de recordarse: un hijo que se domina y una madre que sabe plasmar hombres.

¡UN CUENTO!

—José. Házme favor de tomar de ese cajón diez céntimos y ve a comprar algo de petróleo pues la lámpara está vacía.....

—¡Ay!, mamá, mira a Juan que no hace nada. Que vaya él..... estoy cansado.

—Hijo, deseo que vayas tú. La tienda está cerca y en pocos minutos cumplirás el encargo.

Entretanto, José comenzaba a encapricharse y Juanito a mirarlo, pues deseaba quedar exento de aquella carga.

—José..... ve pronto.....

—Mamacita..... que vaya Juan.

—Irán pues los dos. Debes ser obediente, hijo mío. A propósito ven acá que voy a decirte un secreto al oído. Y con una mirada dulce y afable invitaba al niño. Este presuroso atraído por la novedad, se acercó a la madre. Aquellas palabras fueron fuego.

—Sí, mamá..... Voy corriendo. Y antes de terminar la frase, Joselillo corrió al cajón, tomó el dinero y bullicioso se preparaba a cumplir con el encargo.

—¿Qué te dijo, José, qué te dijo mamá? exclamó Juan.

Mas era ya tarde. José había salido de la casa.

—Mamacita, dime, ¿qué cosa le dijiste?

—¿Quiéres también que te la diga?

—Sí mamá, también yo quiero oírla. Juanito de repente saltó lleno de gozo.

—Muy bien. ¿Quiénes qué te barra la recámara?

—Por supuesto. Estaba esperando que José cumpliera para mandarte barrer. En el acto como movido por un imán, Juanito barría alegremente la

basura que en compañía de su hermano había sembrado por toda la pobre alcoba. Minutos después José traía el aceite y Juanito dejaba arreglado el cuarto y ambos venían a los pies de la madre que tranquila remendaba la ropa de Antonio el hermanastro.

—Mamacita: hemos terminado. Ahora el cuento que nos prometiste.

—Sí, sí, el cuento..... pero que sea hermoso. Y al decir estas palabras, Juanito palmeaba lleno de entusiasmo.

—Bien. Va el cuento. Hijos míos: Cuando los niños son obedientes entonces merecen oír cuentos y el Niño Jesús los bendice. Sed siempre solícitos, pues tened entendido que cuando doy una orden se debe obedecer.

—Sí, mamá, dijo José, te prometo ser muy obediente.

—Un momento de silencio, mientras la madre sacudía la empolvada memoria y sin quitar los ojos del trabajo, comenzó el cuento. Se narra que una vez, y esto es cierto, porque está en los libros santos, Dios ordenó al patriarca Abraham que tomara a su hijo y lo llevara a un monte para sacrificarlo.

—¿Y por qué mamá? ¿Qué era el niño muy malo?

—Al contrario, era muy bueno y obediente. Dios quiso probar la fidelidad de Abraham. Entonces

el santo varón cargó de leña y comenzó a subir la cuesta. Por fin llegaron a la cumbre. El padre sentía traspasado de dolor su corazón. Pero la orden era de Dios y debía obedecer. Llegó el momento decisivo. El niño atado sobre la leña había oído de labios de su padre la orden divina. Dócil y resignado esperaba el momento de morir. Abraham tomó el cuchillo entre sus manos y lo levantó para herir a Isaac, cuando.....

—¡Ay! mamá, ¡pobrecito.....! ¿Y lo mató?

—No, Juanito, no murió, porque en aquel momento apareció un ángel del Cielo que detuvo el brazo de Abraham diciéndole que no sacrificara al niño. Dios había querido probar su obediencia y al encontrarlo digno de él, en recompensa venía a decirle lo siguiente: "Dios multiplicará tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar y bendecirá a todas las gentes en tu nombre porque has sido obediente".

Así educaba Margarita a Juanito y a José. La lección quedó bien grabada y Juanito modelaba su corazón en el ejemplo de Isaac.

EL PAN BENDITO

Son las siete de la mañana del jueves que tú quieras. Margarita se prepara afanosa para ir a Castel Nuovo a vender los productos del campo,

pollos y algunos huevos y así tener dinero para comprar tela y lo necesario para la casa.

—Juanito, dice la madre, trae esa canasta y pon con mucho cuidado estos huevos. Y tú José, amarra a las gallinas.

Puedes imaginarte a los dos chiquillos encantados de la vida, correteando a las gallinas y colocando huevos que les parecían los de la gallina de los huevos de oro.

—Mamá: están colocados. Mira este tiene pintas, yo creo que es de un pavo.

—Déjalo, niño. Lo vas a romper.

—Mamacita, añade Juanito, aquella gallina coquetona no quiere dejarse amarrar.

Diálogos semejantes se suceden en el ambiente hogareño. Una madre trabajadora, que tiene que suplir al padre ya difunto para ganar el pan de cada día y mantener a sus hijos. ¡Pobrecita! Comprende que el mayor tesoro de sus hijos es la inocencia, y si pudiera jamás los dejaría solos, pero debe ir al mercado a vender sus semillas y dejar a sus hijos todo el día. La sabia mujer suple el cuidado personal con sus consejos prudentes.

—Muy bien. Ahora venid acá. Me voy al mercado, y os voy a traer un regalo muy hermoso.

—Mamá, una pelota.

—No, Juanito, es algo mejor. Si os portáis bien os traeré un pan bendito.

—¡Un pan bendito!, ¡Qué bueno!

—Tú, José irás esta mañana a casa de Domingo, la que vive en la casita de las vides, la madre de Roberto y le dirás en mi nombre que puede venir esta tarde por la mantequilla. Juanito: cuidarás los animales y les darás de comer. Cuando vuelva deseo que me deis un regalo: el no haber salido al pueblo, ni haber ido a jugar con vuestros amigos. Aquí dentro tenéis la pelota y estos juguetes; entreteneos los dos, pero antes cada uno barrerá una alcoba y limpiaréis este poco de maíz. ¡Acordaos del pan bendito!

—Sí, mamá, respondió Juanito, te prometemos portarnos muy bien, como los angelitos.

Cargada la pobre madre con las semillas, los pollos y la canasta de huevos, después de darles su bendición y repetir todas aquellas recomendaciones, que ya conoces, con el alma satisfecha por el deber cumplido, dirigió sus pasos al mercado. Puedes imaginar la algarabía que reinó en aquella casa. Mientras uno barría la cocina y el otro la recámara como un par de jilgueros lanzaban sus voces argentinas. Alabanzas a María, el Alabado, las canciones que su madre les había enseñado para saludar a Jesús Sacramentado, todas pasaban por esas gargantas infantiles. Y después a jugar. Así pasó la mañana. Al mediodía, destaparon la polenta y el pan que Margarita les había dejado

y parecían dos príncipes rodeados de exquisitos manjares, a juzgar por el apetito con que comían. La tarde les pareció más larga. Aquellas cabecitas rubias se asomaban cada momento hasta el camino para ver si divisaban a su madre. Cuando la tarde comenzaba a caer, distinguieron en lontananza a Margarita que llena de polvo; sudorosa y cansada volvía con las mercancías que había comprado. Mamá, mamá, ¡el pan bendito!.....¡El pan bendito! Aquí lo traigo, pero dejad que llegue a la casa que vengo muerta de cansancio. Momentos después la madre se sentó en una silla dejando las mercancías en la mesa.

—Vamos a ver: José, ¿cumpliste con el encargo que te dí?

—Sí, mamá. La señora Domingo vino por la mantequilla.

—¿Y la cocina?

—Bien barrida.

—Y tú Juanito, ¿diste de comer a los animales? ¿Barriste?

—Sí mamá.

¿Cómo se portaron? ¿Salieron a la calle? Y otras mil preguntas como estas servían a la madre para darse cuenta cómo habían estado sus hijos en su ausencia.

—Muy bien. Merecéis el pan bendito. Sacando

del canasto un paquete aparecía el pan bendito que los niños tomaban como bajado del cielo.

EL VASO DE ACEITE

Juanito había cumplido los ocho años. Era una rosa perfumada o por mejor decir, un angelito del Cielo en carne humana. Pero no creas que los ángeles como Juanito, por ser tales, dejan de hacer travesuras. Llamémoslo mejor un ángel travieso, porque unía la inocencia y el candor a la inquietud propia de los niños. Un día Margarita se preparaba a salir acompañada de José para ir, como siempre, a hacer compras a un pueblo cercano y vender sus semillas.

—Juanito, —le dijo al despedirse: —Voy a salir. Cuida la casa y procura ser bueno. Recuerda que Dios te ve.

—Mamá ¿y me traes un regalo?

—Nada más piensas en regalos. Limpia la casa, arregla el gallinero y hasta la vista. Que el Señor te acompañe.

Pasaron las horas, y el gallinero quedó limpio y la casa aseada y no teniendo qué hacer, comenzó el juego: "ancha es Castilla", diríamos en buen romance. La pelota cruzaba por todos lados y la curiosidad propia de esa edad miraba el fondo

de las ollas y el contenido de las botellas. No sé qué llamaría la atención de Juanito: algo que estaba en la división alta de la pobre alacena, lo cierto es que aquello no debería quedar oculto a sus ojos. El lugar era alto, y por su pie no podría ciertamente hacer la investigación. Venga pues la silla. Y tomándola se encaramó sobre de ella, paróse de puntillas y cuando ejecutaba aquella acción, sin quererlo, movió la alacena ya apolillada y tal vez el codo o el antebrazo ayudaron a que viniera al suelo un vaso lleno de aceite.

Un golpe seco, y el vaso quedó hecho añicos, mientras el aceite se extendía manchando el suelo. Juanito se quedó perplejo. Dió una mirada buscando el vaso y sólo encontró el cuerpo del delito: una mancha oscura que aumentaba a cada instanté, rodeada de pedazos de cristal. ¿Qué hacer? El suelo se manchaba y..... Rápidamente corrió por un trapo y quiso hacer desaparecer la mancha. Todo inútil. Entonces agua y jabón. Tampoco. Todos los medios que pudo excogitar fueron usados; hasta la ceniza intervino. Pero no logró su fin. Confuso y apenado al contemplar la mancha que lo acusaba de su ligereza, se fué a sentar triste y cabizbajo. ¿Qué diría la madre cuando volviera? Aquello no le causaría una impresión agradable. Muy al contrario, la disgustaría. Y en su fantasía veía a la madre cansada y fatigada que llegaba y al ver la man-

cha se entristecería..... y no sé cuántas cosas más pasaron por su mente. No había otra solución que preparar a la madre y evitarle una sorpresa. Este fué el final de sus conclusiones y por esto se levantó, tomó un cuchillo y se encaramó en el árbol más cercano y comenzó a cortar una vara. Acto seguido descendió y terminó la preparación en la cocina. La vara quedó limpia, sin corteza y para mayor abundancia, adornada con un listón de seda.

Cuando llegó la hora del regreso de la madre, Juanito estaba sentado en una altura esperando a Margarita. El camino se perdía en el fondo del valle serpenteando, adornado en sus orillas de florecillas silvestres. Allá se dirigían las miradas de Juanito. De pronto se incorporó; había reconocido a su madre. Salió a su encuentro llevando la vara adornada en su mano.

—Mamá, ¿cómo te ha ido?

—Muy bien Juanito: Ayúdame, llevando este bulto. ¿Cómo has estado? ¿Has sido bueno?

—¡Oh, Mamá! ¡Mírala.....! Y le presentó la vara.

—¡Ah! Esto qué significa; que has hecho alguna de las tuyas, ¿no es verdad?

—Sí, merezco un castigo. Toma la vara y golpéame. Me subí sobre una silla para mirar lo que había en la división superior de la alacena y, sin quererlo tiré el vaso de aceite, manchando el suelo. Pero no te enojés. Toma la vara y castigame, pues

lo merezco. Y al decirle estas palabras la entregaba, dándole una mirada picaresca.

Margarita se sonrió al contemplar la vara adornada y la perspicacia de su hijo.

—Siento que hayas hecho esta travesura. Ten siempre presente que debemos reflexionar al hacer nuestras acciones. Desde niño procura ser prudente. No hablemos más de esto.

El corazón de Juanito se tranquilizó: Había caído en él bálsamo saludable. El cielo entonces le parecía más hermoso, hasta los trinos de los pájaros eran más dulces y cuando llegó a la casa buscó la mancha y le pareció menos grande. Es que después de la tempestad renació la calma.

LAGRIMAS INFANTILES

—Bernardo, échamela a mí..... Yo lo fusilo.....

—Roberto: tú eres mío..... Nosotros ganamos, no seas tramposo.

—¡Estás muerto, José, al suelo.....! ¡Vivan mis soldados.....! ¡Viván.....! Y estos y otros muchos gritos semejantes escucharías en el corro de amiguitos que jugaban con Juanito en la planicie cercana a su casa. De vez en cuando el ojo previsor de Margarita miraba por la ventana a sus hijos que se divertían alegremente. Un tropel de diez o más ni-

ños jugaban mil juegos propios de su edad. Cuando no era el juego de la "Galla", era a la pelota o a los soldados. Eran pajaritos que respiraban el aire puro del campo. Pero vayamos a la segunda parte del juego: escuchemos a José:

—Yo no, estoy muerto. Juan, tú eres testigo.

Y aquí tercia Bernardo con Roberto.

Tu eres un tramposo de siete suelas, no pareces hombre.

—¡Cómo que no soy hombre! Lo que pasa es que tú eres un becerro..

—¿Me has entendido?

Y aquello fue una ofensa inmensa, inconmensurable y los puños de Roberto se cruzaron con los de Bernardo. Un ángel de paz los separó. Era Juanito.

—Amigos, no debemos pelear a golpes. El que pierda la paciencia lo retiraremos del juego.

Apenas calmados los ánimos continuó el juego alegre como antes. De repente el brazo fuerte de Luis lanzó la pelota que fué a estrellarse en la cabeza de Juanito. Un grito de dolor salió de sus labios y llorando corrió a su casa en busca de ese ser que enjuga siempre nuestras lágrimas.

—¿Posible? le dijo la madre. Todos los días debes hacer una pillada. ¿Por qué vas con esos compañeros? ¿No ves que son muchachos malos?

—Por esto voy con ellos, mamá. Porque cuando

juego están más quietos, son más buenos y no pronuncian ciertas palabras.

—Pero entretanto vienes con la cabeza rota.

—Ha sido una desgracia. No lo hicieron intencionalmente.

—Está bien, pero deseo que no vuelvas a ir con esos compañeros.

—Mamá.....

—Obedeceré por darte gusto. No iré más. Pero no olvides que cuando juego con ellos hacen lo que yo les digo y evito que riñan.

—Entiendo perfectamente, que esto significa que volverás otras veces para que te cure. Pero vaya... Y mientras frotaba con su mano el moretón que le habían hecho y el niño apretaba los dientes inclinando la cabeza, le decía la buena Margarita: Frotando un poco quedarás listo.

—Pero mira, madre, que realmente son malos, muy malos.

—Estás curado.

Juanito levantó la cabeza y tocó con sus dedos el chichón que se le había formado. La orden de la madre lo tenía suspenso. Margarita después de reflexionar como si comprendiera que prohibiéndole ir a jugar impedía un bien, le dijo:

—Bueno, ve pues a jugar con ellos. Es que el corazón de esa santa mujer veía ya en su hijo al pequeño apóstol en medio de los niños.

UNA VENTA COLOSAL

Juanito y José, de cinco y siete años respectivamente, ayudaban a Margarita en los trabajos del campo y especialmente en el cuidado de los pocos animales que poseían. Muy de mañana, cuando el sol comenzaba a iluminar aquellas colinas con sus rayos de oro, cuando la campana de la Iglesia tocaba el alba, se levantaban y dando gracias a Dios por el grande beneficio de haberles concedido un día más de vida, llevaban más de una docena de pavos al campo. Uníanse a estos una vaquita que sacaban del establo, si así pudiéramos llamar el rincón del patio donde se guarecían. Sentados al pie de un árbol, tal vez temblando por el frío de la mañana cuidaban su ganado. Vamos a acompañarlos una mañana de primavera y observemos lo que sucede.

—José, mira qué bello sol. Fíjate en él un rato y verás que después se miran manchas rojas en todas partes.

—No hagas eso Juan, que te lastimas los ojos. Oye, mira a ese hombre que contempla los pavos. ¿Será un ladrón?

—Cá, ¿por qué ha de ser ladrón? Está mirando a los animales porque le han de gustar. José, tengo una idea: ¡si le vendiéramos uno! A mamá le daría mucho gusto tener algunos céntimos. Mientras tan-

to aquel hombre mal vestido que tenía encasquetado un sombrero viejo de fieltro, que en otro tiempo ha de haber sido negro, y entonces ostentaba color indefinido; aquel hombre barbón y sucio miraba de soslayo a los niños que atentos observaban todas sus acciones. Siguió mirando a los pavos después se dirigió resuelto en dirección de los chiquillos y les dijo:

—Quiero comprar un pavo.

—Los ojos de Juanito brillaron de alegría. Era lo que él estaba pensando. —Con mucho gusto respondió el pequeño, ¿cuánto nos da usted?

El hombre consideró que eran dos chiquillos de unos cuantos años..... el momento era propicio para engañarlos y con énfasis les dijo: Doy por aquel señalando el más grande, ¡Cinco céntimos!

Los niños se miraron mutuamente. ¡Cinco céntimos! exclamó Juanito al oído de José. Aquella cantidad le pareció exorbitante. Era mucho dinero. Así pues sin más añadió: Muy bien. Quedo convenido. Deme los cinco céntimos y lléveselo. Aquel bribón apresó al mejor pavo y entregando los cinco céntimos desapareció de la escena.

—Cuánto dinero, dijo Juanito; José, vamos corriendo a la casa a dar la buena nueva a mamá. Sin más echaron a correr gozosos en busca de la madre.

—¡Mamá, mamá.....! desde lejos le gritaban. ¡Una venta colosal! ¡Hemos vendido un pavo en cinco céntimos! Aquí están, ¿qué te parece?

—¡Oh!, respondió Margarita, que no esperaba cosa.

¡Verdad que lo han pagado bien! ¡Cinco céntimos! Y al decir esto enseñaba a la madre la moneda. Margarita estaba estupefacta; no podía comprender lo que oía y veía.

—¡Pobre de mí!, ¿Qué habéis hecho? Vender un pavo que vale lo menos cuatro liras, ¿en cinco céntimos? Ese hombre es un bribón que os ha engañado.....

Los hermanos quedaron petrificados. Inmóviles veían a la madre turbada.

—Sí, es un bribón, dar a dos chiquillos cinco céntimos por un pavo..... No terminaba Margarita aquellas palabras cuando José y Juan comprendiendo la enormidad de su error, sin decir esta boca es mía, se echaron a correr en persecución del hombre. Inútiles fueron las voces de la madre que los llamaba. Raudos como el viento, subían y bajaban las colinas para ver si lograban dar con el pavo robado. Margarita se asomó por la ventana y no pudiendo lograr que regresaran, ayudada de una vecina fué al prado donde estaban los demás pavos abandonados y que ya comenzaban a desban-

darse por todas partes y los condujo al corral cerrándolos.

Media hora después regresaban al prado nuestros héroes cabizbajos y tristes, en busca de los demás animales. Cuál sería su sorpresa cuando dirigieron su vista por todas partes y no encontraron ni los pavos ni las vacas. Un terrible pensamiento cruzó por sus mentes: los pavos no estaban desde luego se los habían robado. Llenos de angustia y dolor, hechos un mar de lágrimas regresaron a la casa para dar la triste nueva a la madre.

—¡Mamá, mamá—, se han robado los demás animales! Ya no hay ninguno.

La madre los miró sonriente.

—¿Por qué te sonríes?

—Porque los pavos no han sido robados, los he traído yo y los encerré en el corral. Otra vez no hagáis las cosas sin consultar a vuestra madre. Vender un pavo en unos cuantos céntimos, perseguir al ladrón a quien si lo hubiérais hallado, ¿qué habríais hecho?

Los niños oían los consejos maternos con humildad. Mientras tanto Juanito miraba en su mano la moneda: ¡Un pavo en cinco céntimos!

UN ROBO

Era una hermosa mañana llena de sol. Juanito, como siempre, cuidaba sus pavos y demás anima-

es en el prado cercano a su casa. José había ido a ayudar a Antonio en el campo. Nuestro amigo recostado al pie de un árbol ora contaba, ora recordaba sus animales. Su voz argentina y limpia entonaba un cántico a María. Los transeúntes al escucharlo exclamaban: ¡Qué bella voz! Que Dios te bendiga..... Así pasaban las horas felices.

Cansado se levantó y contó una vez más su ganado y sus pavos que para él eran numerosos y hermosos como pocos. Pero, qué pasa exclamó de repente..... "Uno, dos, tres,.....nueve. Si eran diez los pavos y ahora nada más veo nueve", y con ojos de águila buscó por los contornos. El prado se extendía entre unas zanjas. Fue a las zanjas y no encontró al animal. Un pensamiento cruzó su mente: "me han robado el pavo". No acababa de reflexionar cuando vió a un hombre de mala catadura, vestido pésimamente, ya anciano, que despreocupadamente atravesaba el llano. Juanito vaciló por algunos instantes pero pensó que nadie más podía haberle robado el pavo sino aquel hombre. Este dió una mirada sospechosa al niño y apresuró el paso. No había duda. Aquel hombre era el ladrón. Corrió tras él inmediatamente y con un valor increíble y franqueza sin igual, con tono decidido le dijo:

—¡Alto ahí! ¡Ni un paso más! Devuélvame el

pavo. El hombre clavó sus ojos torvos sobre el niño que lo he robado. Lo escondí solamente para ver y le dijo con arrogancia: cuidabas bien a los animales y para hacerte una

—¡Quítate de enfrente!, insolente muchacho. ¿Poroma? El niño tomó el saco donde estaba encerrado y quien me has tomado? ¿Acaso por un ladrón? Con quien amarrado el pavo que luchaba por deshacerse su camino. le sus prisiones. —Buenas bromas, dijo, impropias

—Alto, alto, señor, vuelvo a repetirle. No darle un hombre honrado. Ud. un solo paso hasta que me devuelva mi pavo. Y sin más sacó al pavo que sacudiendo las alas

—¡Atrevido! ¡Estás loco! ¿Qué pavo te he robado fue a incorporar con los demás. Aquel hombre do? Lástima que seas un chiquillo, de otra manera desapareció temeroso de que se divulgara por los te enseñaría con un bofetón a respetarme. ¿Hoy contornos su fechoría. Juanito corrió con Margarita entendido? a contarle lo sucedido.

—Mi pavo..... devuélvame mi pavo, Ud. lo tiene —Mamá, estaba yo contando cuando me di

—El anciano abriéndose la chaqueta le dijo cuenta que faltaba un pavo..... y con todos los por Seguramente lo tengo dentro de un bolsillo. menores, el niño le describió a su madre cómo ha-

—Yo no entiendo razones. Lo único que sé de ella logrado rescatar el pavo. Tal vez, querido lector, imagines que Margarita cirle es que Ud. no dará un solo paso más, si no me Tal vez, querido lector, imagines que Margarita devuelve el animal. De lo contrario gritaré hasta oír las proezas de su hijo le dió un voto de alabanza. Muy al contrario. Escucha las palabras de que vengan de mi casa. buena Margarita:

—Aquellas palabras, fueron una certera amenaza buena Margarita: —Hijo mío. Nunca vuelvas a hacer semejante za, pues el hombre se puso lívido y nervioso. Juanito entretanto lo miraba con ojos que despedían acción. Supongamos que aquel hombre hubiera fuego. sido inocente ¿qué habrías hecho? Faltar grave-

La placidez y dulzura de su semblante se habían cambiado en severidad y decisión. sin fundamento. Esto jamás.

—Bueno, muchacho, ven acá. Se acercó a una —Pero mamá, estaba yo seguro que él me había tapia derruida cubierta de zarzamoras y extrayendo robado. No había ningún otro y además poco ando de la zanja un saco, añadió: Tómallo, no creas habías yo visto al pavo.

—Que tu lo hubieras visto no era razón suficiente para acusarlo. Muy bien podría haber sucedido que sin darte cuenta, alguno acercándose sigilosamente, se llevara el animal.

Mamacita: si hubiera hecho todo este razonamiento, en este momento tendríamos que resignarnos a haber perdido un pavo.

—Escúchame, Juan: No es una gran pérdida. Ten presente que prefiero perder mis derechos antes que ponerme en peligro de faltar a la caridad.

No deseo hacer la guerra a nadie y quitar paz por un animal, por un poco de uva o cosa semejante.

—Así pues, ¿dejarías que te robaran sin derte?

—No digo eso, niño. Si se tratara de ir en contra del bienestar de la familia, en cosa por demás clara está seguro que entonces os manifestaría a todo que soy mujer decidida.

—Pero ¿ves mamá que aquel hombre manifestaba ser un ladrón pues a su falta añadió mil mentiras?

—Y ¿por qué no podría haber sido cierto que por bromear te hubiera molestado?

—¡Ummm! murmuró Juanito, poniendo cara de incrédulo.

—Bien. Aunque fuese culpable, deberías haberle evitado esa confusión.

—Así pues ¿he obrado mal?

—No digo tal. Tu intención era buena. Lo que deseo es convencerte que antes está la caridad que el mismo propio derecho. Te suplico que no cuentes este hecho. Y si acaso fuera que algún día encontraras a aquel infeliz, procura fingir en su presencia y hacer como si nunca lo hubieras conocido. Nunca debemos tener enemigos.

¡AL LADRON! ¡AL LADRON!

Seguimos de robo en robo. No hacía mucho que Juanito había defendido con heroicidad a sus pavos, cuando he aquí que descubrieron otro latrocinio. Margarita era muy pobre y para poderse ayudar, cultivaba en el corral de su casa unas vides. Aquella mano venturosa había logrado embellecerlas de manera que producían hermosas y grandes uvas. Siendo tiempo de carestía la madre cuidaba las vides como unas reliquias preciosas. Todas las mañanas iba a contemplar los racimos y los limpiaba. Cortaba los más hermosos y los iba a vender al mercado. De un tiempo acá se dió cuenta que los racimos desaparecían. ¿Qué sus hijos, siempre obedientes cometieran la falta de robarlos? Eso no lo podía concebir. Algún ladrón venía y ocultamente la privaba

de sus pequeñas ganancias. Desde ese día sin decirlo a nadie, se puso alerta para descubrir al ladrón. No tardó mucho en descubrirlo. Una tarde cuando ya comenzaba a oscurecer vió a un hombre que fingiendo pasearse, merodeaba por aquel lugar. De vez en cuando miraba sospechosamente hacia el corral. Si notaba que la puerta se abría o entraba o salía alguno, se alejaba de la barda disimuladamente. Margarita adivinó todo. Ese hombre debería ser el ladrón. Vivía sola con sus dos pequeños hijos y Antonio, medio hermano de los niños, que por su mal carácter y poca afección a sus hermanos, venía tarde y no prestaba ninguna ayuda moral al hogar. Entonces determinó tramar un ardid que fué muy efectivo. Aquella noche llamó a sus dos hijos y les dijo:

—Creo que algún ladrón nos está robando la uva, pues la mayoría de los racimos ha desaparecido; esto debe suceder de noche y debemos cuando oscurezca irnos a cuidar las vides en completo silencio. Al acercarse el ladrón a una señal mía debéis gritar, hacer ruido, para que se atemorice y no vuelva.

—Sí mamá, añadió Juanito. Nosotros pescaremos al ladrón. Ya verás que nos vamos a divertir.

Para los niños todo entra en el plan de los diversiones y aventuras, no así para la pobre ma-

dre que sentía pena en tener que acudir a ardidese semejantes.

Así se hizo. Esa noche la madre y los hijos prepararon las armas para la defensa, que era algún bote viejo y algunos palos, y fueron a ocultarse entre las vides, esperando el momento en que aquel hombre se acercara e hiciera de las suyas.

—Pasó alguna hora que para los niños fueron días. De repente vieron una sombra en la cerca baja del corral que lo llamaremos huerto. Parecía una fantasma que aparecía y se ocultaba. No cabía duda. Era el ladrón. Muy despacio, después de asomarse y estar seguro que nadie lo veía, aquel hombre saltó la barda. Cayó en el huerto. Permaneció algunos instantes en expectativa y después se llegó sigilosamente hasta las vides. Comenzó a cortar los hermosos racimos.

Los niños lo miraban y parecía que sus corazones saltaban del pecho por la emoción propia del momento. Estaban preparados y solamente esperaban la señal de la madre, a la que veían de vez en cuando. Todo estaba listo y sólo faltaba la señal de ataque. Cuando el ladrón preparaba un saco para ir echando los racimos, de repente Mamá Margarita gritó: ¡Ladrón! ¡Ladrón!....

Esoz gritos fueron acompañados de una algarabía tremenda, de gritos furiosos, de epítetos de todas clases, de ruidos ensordecedores, de golpes y

silbidos, producidos por los niños que enrojecidos por los gritos, se superaban cada momento que pasaba en gritar más fuerte. Aquello era un terremoto o un caos que sacó de su juicio al ladrón. Este huyó espantado, perdiendo la noción del lugar y del momento y no pensando más que en salvarse.

Dejó tirado en el suelo los racimos y el saco. En veloz carrera se acercó hasta la barda y de un salto la pasó. Cayó de bruces en el camino y sin pensar en más echó a correr como un gamo. Corría por la ladera como presa perseguida por la jauría. Cayó varias veces al suelo y no paró en su desenfundada carrera, hasta que desapareció.

Satisfecha Margarita del éxito, les dijo a sus hijos:

—¿Habéis visto cómo, sin necesidad de usar la fuerza, hemos logrado ahuyentar a ese pobre hombre? Recordad, hijos míos, las palabras del Espíritu Santo: "El que se pone por malos caminos en su juventud, no los abandonará ni en la vejez". Dejemos a los niños haciendo comentarios. Les parecía haber llevado a cabo una hazaña digna de Ulises. Lo cierto es que más tarde aquel ladrón caía en manos de la justicia, por reincidir en muchos otros robos. Margarita y sus hijos habían defendido su patrimonio y Juanito se sentía lleno de júbilo pues había triunfado.

¡UN FANTASMA!

Estamos en el tiempo de vendimia: tiempo hermoso para todos los campesinos que se reúnen para ayudarse mutuamente y, en medio de los trabajos del campo, parece que rejuvenecen y retroceden muchos años de vida, recordando los tiempos siempre gratos del pasado. Margarita había ido a Capriglio a la casa materna para ayudarlos. Vamos a entrar a la casita con la advertencia que es ya de noche. Verás a Juanito lleno de polvo, que acaba de llegar y saluda a todos sus tíos, tías y primos que sienten verdadero gozo de verlo lleno de vida y gracioso. Sentados todos en un ruedo en sendas sillas invitan a Juanito a tomar asiento. Oigamos ahora su plática por demás interesante.

—El tío: Pues como decíamos, es cierto, lo oí contar a Regina, la esposa de José; una noche éste estaba dormido cuando oyó voces lúgubres y gemidos. Salían del rincón de la recámara. Sobresaltado, se despertó y creyó que aquello era una fantasía. Volvió a dormirse y nuevos gemidos salidos de ultratumba lo amedrentaron no dejándolo dormir. Se levantó y cuando huía, vió con sus propios ojos una alma en pena que le ordenaba detenerse. Ahí quedó petrificado. El alma se le acercó y le dijo que en aquel lugar había un tesoro. Que lo extrajera y mandara decir muchas misas

por él pues estaba sufriendo porque no había cumplido un exvoto. El sobrante que encontraría en otra caja sería para él.

—Pero, ¿eso es histórico?, repuso Margarita.

—Verídico, Margarita. La prueba de ello es que José era pobre y en un momento se hizo de ganado, de campos y zagales.

—¡Cá! Eso es nada, prorrumpió una vecina de cara grisácea y ya arrugada por los años. Cuatro dientes por donde más que hablar, silbaba. ¿Veis mis años? Pues yo fui testigo de hechos portentosos de un alma que se la llevó el diablo. Una noche oscura y tétrica, llovía a cántaros. Los rayos se cruzaban y en la casa de mi abuelo Anselmo, todos habían salido.

—Usted recordará a mi padre, ¿no es así?, preguntó la vecina al abuelo de Juanito, hombre ya de muchos años.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Usted puede atestiguar que era hombre de pelo en pecho. Pues mi abuelo lo dejaba atrás. Hombre valiente y decidido. El viento abrió una ventana y comenzó a entrar la lluvia. Las puertas crugían sobre sus goznes y cualquier corazón se hubiera atemorizado por la oscuridad de la noche y los relámpagos. De repente un trueno ensordecedor, ruidos, como de cadenas, quejas penetrantes y lúgubres y....

En aquel momento en que la vecina describía con sus silbidos y sus manos y su cuerpo el momento horrendo vivido por su abuelo, vino a interrumpirla un ruido singular en la terraza. No llovía ni caían relámpagos en Capriglio. Imagínate lector, como si arrástraran piedras, o como si un rodillo hubiese pasado por los techos de la casa. Aquellos ya espantados por las narraciones de gnomos, de fantasmas y de brujas, se llenaron más de terror. Juanito miró a su madre y ésta parecía quedar inmóvil.... La vecina después de tragar saliva, quiso seguir su narración. Fué imposible, porque el ruido se repitió. Esta vez no era de un cuerpo que cae y de rodillos que se arrastran. Era un ruido singular: como si una cesta llena de piedras se volcara con fuerza. Mas a los presentes les parecía un carro lleno de peñascos que caían con fuerza.

—La palidez cubrió todos los rostros. ¿Qué cosa sería?, se preguntaban a media voz. Mamá Margarita tomó de la mano a su hijo y le dijo: Vámonos; te podría hacer mal un susto.

—No mamá. Yo me quedo, quiero ver qué cosa es.

—Tal vez será la puerta de entrada que se quedó abierta, dijo otro.

—No. Está cerrada con llave, respondió un tercero.

—¿Entonces?

—Será el demonio, dijo una voz temblorosa. Entretanto el ruido se repetía a intervalos.

—No mamá, dijo el niño, no puede ser el demonio. Ha de ser algún fenómeno natural. Permíteme subir a la terraza para ver qué cosa es.

—Jamás, Juan. Esto sería una imprudencia. Vámonos y mañana veremos qué es.

—No, hoy mismo debemos ver. Y sin esperar respuesta colocó la escalera y se dispuso a subir. Un valiente encendió una lámpara y tomando un garrote lo acompañó. Los demás miraban espantados. Solamente se oía el respiro afanoso de cada uno. Juanito llegó hasta la puerta de la terraza, pidió la lámpara y abrió la puerta. No se veía nada de anormal. Todos los parientes cerraron la puerta del corral y de vez en cuando la abrían un poco para ver el resultado. Únicamente dos permanecían encaramados en la escalera mirando hacia la terraza. De repente lanzaron un grito de terror bajando precipitadamente.

—¡Horror! ¡Un fantasma! ¡Una cesta que caminaba sola! ¡El demonio! Gritaba el que llevaba la luz y que había descendido, como sus compañeros. Juanito se había quedado solo, firme, con la seguridad que no podía ser otra cosa que algo natural. La cesta como si diera saltos vino a colocarse a sus pies.

—¡La luz! ¡la luz! Gritó Juanito. Mientras tanto los de abajo habían perdido los restos de serenidad que podrían haber guardado.

Momentos de confusión y de susto en los parientes, que le decían: ¡Bájate, no seas temerario, es el demonio! ¡Una alma en pena! Y revivían en aquellos momentos los cuentos y consejas de la anciana, los hechos de Don Juan y mil historias y leyendas que cada uno había contado.

—No, no me bajo. Dadme la luz que me encuentro a oscuras. No temáis, esto es nada. Nuevamente se abrió la puerta y regresaron tres o cuatro. El de la luz subió primero, pero tal vez era el susto, que temblaba de pies a cabeza. Al dar la lámpara a Juanito inesperadamente se le cayó de las manos, rodando al suelo. Encendieron otra lámpara y la entregaron a Juanito que esperaba impaciente. La colocó en una silla vieja que estaba por ahí y con decisión levantó la cesta.

—¡Deja, por amor de Dios, deja y bájate! Insistió el de la lámpara. El niño levantó la cesta, apareciendo la causa de los espantos: Una gallina que al volar del palo donde dormía había caído en el canasto y con su peso lo había volcado. El susto se trocó en una carcajada. Una gallina, exclamaron los testigos; los de abajo abriendo la puerta se unieron al júbilo e hilaridad de los de arriba.

—Margarita al verla en poder de Juanito, los blondos caían sobre la frente en graciosos melancolones. Entre sus amigos pastorcitos, descolaba una gallina, llamado Segundo Matta, criado de una casa de pescuezo y comenzó a desplumarla diciéndole: "¡Cuidado! Toda las mañanas bajaba con la vaca de la patrón para llevarla al prado y se unía a los cuernos de Juan. Matta llevaba para su desayuno una pieza de pan negro, hecho con cebada. Juan mir y aumentó la alegría de Juanito que se había portado como un valiente; era UN JUAN SIEMPRE MIEDO.

EL PAN NEGRO

Viniendo de Buttigliera encontramos a la derecha una colina. Sobre ella una humilde casa, la habitación de Margarita y de sus hijos. Al pie de la colina hasta el camino se extiende un prado sombreado por muchos árboles. Ahí, en ese prado de gratos recuerdos, primero José y más tarde Juanito llevaban a paecer a una vaca. Los que pasaran por la mañana seguramente lo hubieran visto, sentado al pie de un árbol, o cerca del camino rezando o jugando. Muchas veces para evitar que la vaca se fuera a los campos cercanos e hiciera destrozos, la amarraba por los cuernos con una cuerda larga que siempre tenía en sus manos. El rostro de Juanito era modesto, alegre, sus hermosos ojos denotaban la inocencia de su alma, sus cabe-

—Deseo que me hagas un favor.

—Con mucho gusto, respondió el criadito.

—Mira: Vamos a hacer un cambio, ¿estás de acuerdo?

—¡Cómo no!

—Vamos a cambiar nuestros panes. Tú me das el tuyo y yo te doy el mío.

—Y ¿por qué? Exclamó maravillado Matta. Le parecía que el pan de Juanito era mucho mejor que el suyo. Cambiar los panes, no era ganancia sino pérdida para su amigo.

—Porque me gusta más tu pan y es más sabroso que el mío. Desde aquel día el pan se cambiaba, después de darse los "buenos días". Los años pasaron: Matta llegó a ser hombre y entonces comprendió que su amigo de la infancia no cambiaba el pan por parecerle más sabroso el de cebada, sino por mortificación y por un acto de ca-

ridad exquisita. ¡Así son los santos! Van dejando su estela fulgida, que muchas veces no observamos sino con el transcurso de los años.

SU PRIMERA ESCUELA

Estamos en el año de 1823. Juanito contaba ocho años. Margarita había observado a su hijo y estaba convencida que no era para el campo. La inclinación del niño para el estudio era grande y determinó consultar con Antonio, hermano de Juan. Este, que frisaba en los veinte años de carácter discolo y difícil, que no podía tolerar al niño, al oír que la madre deseaba mandarlo a la escuela, montó en cólera.

—¿Por qué debe ir este muchacho a la escuela? Que tome la pala y vaya a trabajar como lo hago yo.

—Mira, hijo: mandando a la escuela a Juan no te hago ningún mal. Esto no es una preferencia, muy al contrario: también tú padre, cuando vivía, te mandó a la escuela y lo mismo hemos hecho con José.

—Pero ¿y los gastos? Ganamos tan poco que apenas podemos pasarla regularmente; y que el señorito derroche el dinero en libros y maestros, mientras yo me mato en el campo desde que sale el sol.

—Antonio: sé reflexivo. No haremos ningún gasto extraordinario. De mis ahorros saldrá la pensión para mandarlo a Castelnuovo. Hasta ahora, por Providencia de Dios, no nos ha faltado nada. Por otra parte piensa que todo hombre debe saber leer y escribir. ¡Esto es indispensable!

—¡Qué indispensable, ni qué nada! Yo he creído en el campo y sostengo a la familia, y no he buscado la escuela como el señorito.

La pobre madre reconocía en su hijastro, como mayor de edad un apoyo aunque no era absolutamente necesario, pero por ser el primogénito debía obrar con él siempre de común acuerdo. Cuando notaba dificultades graves, para evitar males cedía hasta donde le era permitido. De esta manera conservaba la paz en la familia. Así pues, Margarita tuvo que esperar tiempo más propicio prometió no mandarlo a Castelnuovo. Pasaron dos meses y un día que Antonio estaba contento Margarita lo llamó y le dijo:

—Antonio vuelvo a consultarte sobre lo de la escuela de Juanito. Estoy de acuerdo que no vaya a Castelnuovo, pero algo ha de estudiar.

El mozalbeta, dándose tono pues se consideraba el jefe de la familia, abrió la boca para dar su determinación: —Está bien que aprenda a leer y a escribir. Pero no en Castelnuovo sino en algún

pueblo cercano. Así se hizo. Margarita pensó llevar a Juanito a Capriglio distante cinco kilómetros para que asistiera a la escuela del capellán. Era tiempo de invierno y no debería perderse un solo día. Encontró mejor amigo que su Catecismo. Había porque pasando esta estación, Antonio obligado un año y más tarde comenzó a frecuentar la escuela. En el primer invierno hizo provechosa la nieve cubría la tierra y Juanito con su libro bajo el brazo, debía recorrer cinco kilómetros de distancia para ir a la escuela. Al invierno siguiente encontró resistencia en Antonio, pero como era su deseo de estudiar. El Capellán buena madre buscando pretextos de visitas a la casa del Padre Lacqua, sacerdote de mucha piedad, y sus tíos o mandados, etc., lo enviaba a Capriglio para que aceptara a Juanito por pertenecer a otra jurisdicción que continuase estudiando. Un día de primavera. Sintió la pobre madre grande amargura verdadera, en que añoraba el invierno por los estudios. Esta contrariedad, pero encontró favorable solución, se sentó bajo un árbol a cuidar su vacueta. Por otro lado: Un campesino se ofreció a enseñarle su catecismo y comenzó a estudiar. De pronto se le enseñaron las primeras letras. Más tarde al morir el maestro oyó una algarabía. Cinco pastores de su edad que asistían al Padre Lacqua fueron sustituidos por otros al pronto.

por Mariana Occhiena, sobrina de Margarita. P. —Verás, decía uno, qué juego tan hermoso. Consideración a ella Juanito fué aceptado. Deso —¡Cá!, hombre, añadió otro cuya nariz remanecía aquel día se abrió un nuevo horizonte para el padre parecía una interrogación: mejor vamos a jugar al torcito de I Becchi. Entre el fango, o la nieve o jugar luchas.

jo la lluvia hacía el recorrido desde su pueblo. —Mira, mira, dijo un tercero, allá está el santuario hasta Capriglio, pero siempre contento y lleno de ilusión que nunca juega con nosotros. Es Juanito ilusiones pues comenzaba a sentir dentro de su pecho ese anhelo vehemente, llama que más tarde —Oye tú, dijo el primero, llamando al niño, de debería conducirlo a los más grandes santuarios acá, vas a jugar con nosotros.

cios: estudiar mucho, muchísimo, para llegar a ser Sacerdote del Señor. —Ven acá, ¿no oyes?

día a ser Sacerdote del Señor. —Hacedme el favor de dejarme en paz, con-

testió Juan; jugad hasta que queráis yo no esto
bo a nadie. Estoy ocupado.

—Que has de venir a jugar, ¡caramba! Dijo
cuarto.

—Vuelvo a repetir, que no puedo jugar. Est
ocupado. Jugad vosotros y dejadme estudiar.

—¿Con que nos desprecias, señorito? Tal vez
manches si vienes con nosotros.

—Yo no os desprecio, antes bien os ayudo
cuidando vuestras vacas.

—¡Acabemos! Añadió el primero. Debes ve
a jugar o por la buena o por la mala. Si no e
tiendes con invitaciones lo comprenderás con l
puños. Vienes, ¿sí o no?

—Vuelvo a deciros que no me obliguéis a j
gar cuando no tengo ganas. He dicho que no ju
go y no jugaré.

—Entonces el de la nariz remangada hizo u
señal y al momento cayeron como un torbellino s
bre el pobre niño golpeándolo con sus puños y d
dole de puntapiés. Si Juanito hubiera querido, o
la fuerza que tenía hubiera logrado dispersar a e
canalla. Pero no quiso. Prefirió que lo arrojar
en tierra y lo golpearan a satisfacción. Con
rostro encendido por los golpes, aliñándose el c
bello, se levantó. Sentía que la sangre le herv
pero había decidido dominarse y lo consiguió. L

vantó del suelo su libro y se fué a sentar al pie
del árbol. Instantes después estaba tranquilo.

—Te hemos dado una buena lección, dijo el ter
cero. Vienes a jugar, sí o no.

—Juanito les dió una mirada tierna, llena de
dulzura, como si no lo hubieran golpeado y aña
dió: Golpeadme hasta que queráis. Dije que no
jugaría y no lo haré. Debo estudiar (y al decir es
tas palabras se sonrojó como un ángel), porque un
día..... (y sus ojos claros, miraron al firmamento
límpido sin una sola nube); un día.... he de llegar
a ser sacerdote.

—Aquellos malvados oyeron estas palabras y
cambiaron totalmente. Esa expresión, esa firme
za causaron una honda impresión en sus coraz
nes.

—No te volveremos a molestar, exclamó el pri
mero. No iremos tampoco a jugar. Mientras estu
dias, nosotros cuidaremos tu vaca. Desde hoy se
remos buenos amigos. La situación había cambia
do: de conquistadores se volvieron conquistados
por la amabilidad y dulzura del que más tarde de
bería ser el Santo de la eterna sonrisa.

JUANITO CIRQUERO.

—¡Mamacita!... ¡mamacita!...

—¿Qué deseas niño?

—Me contaron que en Castelnuovo va a ver una feria muy hermosa: ¿me das permiso de ir?

—Pero hijo, esto ya es frecuente. Continuamente vienes a pedir permiso para andar entre cirqueros y payasos.

—Es cierto mamá. Mira: no creas que sea un mal para mi alma ver a los payasos y cirqueros. Voy aprendiendo muchas suertes y juegos y pronto seré más ágil que todos ellos. ¿Me das permiso?

Efectivamente, como lo acabas de escuchar, Juanito Bosco deseaba ser cirquero, pero su fin era muy diferente del que tienen los que trabajan en el circo. Deseaba por medio de la agilidad y destreza, atraer a los niños de su edad para llevarlos a Dios. Sentía en su alma la llama ardiente del apostolado y por esto buscaba las ocasiones para ir a ver trabajar a los cirqueros en las ferias.

Margarita, se quedó pensativa; después de un momento de reflexión le dijo: Te doy permiso, pero arréglato como puedas, pues no tengo dinero que darte.

—Oh mamá: yo no quiero dinero, respondió, me basta con tu permiso. Y después de besarle reverentemente la mano, saltando de alegría, salió corriendo hacia Castel Nuovo. En el camino iba pensando en centenares de juglares, de payasos, de

cirqueros, de prestidigitadores y deseaba aumentar más y más su repertorio aún incipiente de suertes. Debes notar amable lector, que en aquellos tiempos las costumbres eran más puras y delicadas que hoy día. Además el gobierno no hubiera permitido que un cirquero faltara en lo más mínimo a la decencia y delicadeza ante los niños. Margarita lo sabía por experiencia y permitió a Juan asistir a las ferias porque sabía que el niño no iría a otras partes sino en busca de estos hombres.

Aquella mañana, día de fiesta, los cirqueros y charlatanes hacían su agosto. Las carpas estaban llenas y en una de ellas, la más famosa, en primera fila estaba Juanito Bosco que había pagado dos céntimos más por estar adelante. Atento y observador contemplaba sin perder un ápice, todas las acciones y juegos del cirquero.

—Esa noche la casa de Margarita se volvió su palestra. A la entrada tendió una cuerda entre dos árboles, encimó una silla sobre otra, sacó una mesa vieja y comenzó a ensayarse para repetir todo lo que había visto. La madre se asomó por la ventana y lo vió. La luna iluminaba con su disco de luz plateada el semblante de Juanito. Sus cabellos revueltos en la frente, descuidados y enmarañados por su nuevo trabajo, casi llegaban a sus ojos. Y con los pies hacia arriba, parado de ca-

beza o queriendo caminar sobre la cuerda en la tranquilidad del lugar y del momento se preparaba el nuevo apóstol de los niños.

UN CHARLATAN

—¡Señores! ¡Señores! ¡Atención! He aquí al hombre más hábil y fuerte que han visto los siglos; al médico más portentoso de todos los tiempos. Entre paréntesis, debes saber que aquel charlatán se inflaba como un sapo y poníase serio como si realmente estuviera convencido de lo que aseguraba. Vestido con un traje pintoresco, teniendo en la mano una espada y un martillo, continuó su locución:

—El mes pasado llegué del Asia, estuve en la China muchos años como médico de cabecera de la familia real, y si no basta esto, señores, oídlo bien: el gran Kan de la Tartaria me hablaba de tú y con él iba a cacería en busca de tigres y panteras. El Mikado era mi amigo en el Japón. Mirad este pañuelo de seda japonesa. Es un regalo del emperador a esta humilde persona que le arregló la dentadura cuando la tenía floja. Y al decir tales pamplinas guiñaba un ojo a un hombre medio cojo, de barba descuidada, vestido con un traje de payaso que en sus tiempos creo que era de

color azul y en el presente, después de verlo atentamente, puedo asegurarte que era de color azul nocturno.

... Aquel golpeaba con furia un tambor que producía un ruido ensordecedor y naturalmente atraía a la gente sencilla y campesina. Otro hombre de estatura pequeña y constitución endeble, vestido a cuadros y con el rostro pintado, por supuesto con carbón, tocaba algo así como una trompeta.

—Sí, señores, he venido para alivio de la humanidad doliente. Aquí tenéis al más famoso dentista que haya existido. Puedo extraer las muelas con una espada, con este martillo o si queréis con los dedos. Lo aseguro y lo vais a comprobar: no sentiréis dolor alguno. ¡Señores! Que se acerque a este pescante el que sufra de los dientes, que en un segundo lo sanaré. Y dije pescante porque el charlatán estaba trepado sobre el pescante de un coche viejo que era tirado por los mismos músicos.

—Saco muelas, dientes, colmillos, sin dolor. Esto es porque uso polvos maravillosos que son un secreto. El día en que los dentistas de las ciudades, que no sirven para tapar un agujero los conocen, vendrán en pos de mí para arrodillarse a mis pies y pedirme estos polvos que son excepcionales. Por unos cuantos céntimos, serán vuestros. Polvos prodigiosos que no sólo arrancan las mue-

las sino que también alivian de todo mal. En aquel momento dejó la espada, el martillo y los polvos y sacó de una bolsa de cuero viejo un rollo de cartas y papeles.

—He aquí señores, las pruebas. Esta carta es del faraón del Egipto; esta otra es... una patente de mis medicinas. En todos estos pergaminos encontraréis las fórmulas que han costado años y fatigas. Aquella gente sencilla miraba con ojos maravillados al charlatán. Cerca del coche en primer lugar, casi a los pies del charlatán estaba Juanito. Atento como los demás, pero cansado de oír tantas tonterías. Nuestro hombre había comprendido las risas y carcajadas del niño y lo miró con desconfianza. Cansado de su larga plática, guardó en la bolsa los pedazos de papel y se sentó a enjugarse el sudor que bañaba su frente. Entretanto la música; si así pudiéramos llamarla, comenzó a lanzar notas y ruidos estridentes.

Al terminar el ruido; he aquí que un campesino de cabeza entrecana, se acercó al médico maravilloso y le dijo:

—Oiga usted; quiero que me quite esta maldita muela que desde hace varias semanas me está martirizando.

—Muy bien. ¡Señores! —dijo carraspeante y entonando la voz—. Ahora veréis la destreza de mi brazo y la eficacia de mis polvos. Suba, buen

hombre, dijo al campesino. Momentos después estaban ambos sentados en el pescante del coche. El vejete al verse expuesto a la pública curiosidad se mortificó, y dijo al charlatán:

—Pero antes dígame cuánto me va a cobrar usted.

—¡Hombre sin reputación! ¿Por quién me toma usted? Yo no trabajo porque me paguen, solamente por hacer el bien a la humanidad. No hay dinero en el mundo que recompense mi habilidad. Si desea usted darme un regalo después de la operación, eso será otra cosa. Lo aceptaré por no desairarlo.

—¿Pero realmente no me dolerá?

—Ningún dolor. Apenas le tocaré la muela con mis dedos. Abra la boca, dijo con tono imperioso. El paciente abrió la boca tan desmesuradamente que más parecía una caverna. Risas generales y burlas en el público se originaron como era natural.

—¿Cuál es el diente que le duele? Añadió el dentista.

—Este, repuso el campesino, señalándolo. Nueva charla, nuevas alabanzas y mayor atención en Juanito que deseaba ver con sus propios ojos si realmente esos polvos eran maravillosos. Aquella atención molestaba al charlatán. Tomando el pretexto que el niño estaba molestando la rueda le pi-

dió se retirara más atrás. Este, por el contrario, cambió de posición y se acercó aún más. Estaba pues obligado a trabajar ante los ojos del niño para no dar ninguna sospecha al público. Sacó su frasco de polvos, mientras el público guardaba silencio; tomó con los dedos unos cuantos y los colocó en el diente picado.

—Ahora usted escogerá: ¿quiere que le saque el diente, dijo al enfermo, con la espada, con el martillo o con los dedos?

—Con los dedos.

—Acto seguido, dió una mirada de tigre al niño que lo observaba con burla y deteniendo la cabeza del campesino y cubriendo su boca con el codo de la mano izquierda sacó rápidamente del puño de la manga derecha una llave inglesa pequeña y la introdujo en la boca del campesino, prensó el diente y dándole un tirón fuerte, le arrancó la muela. Un grito, casi diría un rugido, salió del pecho del paciente que sangrando se revolvía en el pescante, presa de dolor intenso. Pero otro grito más fuerte de alegría opacó al primero. Era el del charlatán que elogiaba su acción y su destreza. Mientras tanto la música lanzó con furia sus notas. Juanito no pudo más soportar tan grande impostura y lanzó una carcajada sarcástica señalando al hombre. Este quiso por algún tiempo conservarse sereno aunque miraba con ira y coraje

niño. El paciente se levantó gritando: ¡Impostor! ¡Enteroso! ¡Desgraciado....! ¡Me has asesinado! Y había bocanadas de sangre.

—Habéis oído, señores. Este hombre lo confieso, dijo el charlatán. No ha sentido el mínimo dolor. El campesino montando en cólera quería hacerse oír, pero éste sujetándolo por los brazos dijo:

—Gracias, gracias, he cumplido con una obra de caridad. Entretanto un hombre que estaba cerca de mí tomó de un brazo a la víctima, lo bajó del coche y se lo llevó lejos dándole en el camino una moneda para que dijera que no le había dolido la tracción de la muela. La gente no se dió cuenta de los detalles y sugestionada se acercaba a comprar los polvos maravillosos mientras una sinfonía eternal atronaba los aires.

Juanito malhumorado por aquello, regresó a casa, no pudiendo comprender cómo la gente se dejaba engañar.

—A su regreso contó a la mamá lo acaecido en todos los detalles y la madre le dijo:

—¿Has visto? Huye siempre de esos espectáculos que no traen ningún bien. Es un tonto el que se deja engañar: le sacan los dientes. Sabes ¿por qué éstos hombros se rodean de músicos, gritan y cantan? Para despistar y lograr sacar el dinero, el doctor y muchas veces hasta la gracia de Dios a los tontos que les creen con los ojos cerrados.

—Mamá, te prometo no ir a ver a los char-
tanes, repuso Juanito. Ya me chocaron. Veré so-
mente los cirqueros. Al decir estas palabras, sa-
tado, con la cabeza entre sus manos, quedóse pa-
sativo.... La madre lo contempló de hito en hito
también ella pensó: ¿Qué pensaba? La ma-
de veía a su hijo y este se veía a sí mismo rodea-
de niños, muchos niños haciendo de saltimbancos
para acercarlos a Dios.

EL NIDO DE RUISEÑORES

Juanito gozaba con los pajaritos. Era una gra-
de alegría cuando podía obtener alguno. Es-
mos en una hermosa mañana de primavera: nu-
tro amigo salió de excursión. Iba feliz, por supu-
to en busca de pajaritos. Esta vez quería uno ha-
moso; sus exigencias eran tales que hubiera que-
do uno con todos los colores del arco iris.

En un árbol entre el ramaje descubrió un ni-
do de ruiseñores.

—Oh, los ruiseñores, se dijo para sí, qué bien
cantan. Bien sabía que estos pájaros se mueren
las jaulas y por ello se encaramó en el árbol y de-
pués de contemplar tres ruiseñores recién naci-
decidió llevarles qué comer. Cuánto gusto sentí-
al ver que iban emplumando. Todos los días
llegaba a ellos y les daba de comer en el pico.

Una tarde mientras el sol se escondía tras de
Alpes, estaba contemplando su nido: Recostado
el suelo y medio escondido entre unas mara-
pas, veía a la madre de los pájaros que llegaba
canosa y los cubría con sus alas, dándoles alimen-
to de vez en cuando con el pico.

Desde lejos contemplaba embelesado tan her-
mosa escena, cuando he aquí que cae con la ra-
pidez del rayo, un enorme cuclillo, tan grande co-
mo un pichón de paloma, negro y horroroso y con
un pico largo. Este revoloteaba hacia largo tiempo
al rededor del árbol; al instante clavando sus uñas
el pico devoró a la madre y a los pajarillos.

Juanito no pudo defenderlos. Triste y lloroso
volvió a su casa, impresionado por tan lamen-
table desgracia.

Mas siempre, el fuerte se come al débil. Al día
siguiente volvió Juanito al árbol y vió al cuclillo
nicho en el nido. Cerca, un gato negro, sigilosa-
mente caminaba sobre las ramas. Juanito, estupe-
facto contemplaba al gato esperando un desenla-
ce. No se hizo esperar mucho, pues de repente,
con su agilidad felina el gato cayó de un salto
sobre el cuclillo y de un zarpazo lo derribó del ni-
do. Inmediatamente lo persiguió en la tierra y se
lo comió. Juanito en medio de su asombro esta-
ba contento; al oír el crujir de los huesos, se decía:

"Muy bien, la pagaste. Quien mal obra, mal va".

En seguida se acercó al nido para ver lo que podría haber quedado, y con mayor admiración vio llegar a un ruiseñor que era el padre de la familia exterminada. Aquel pájaro se encontró el huevo puesto por el cuclillo y que había quedado en el nido, y sin más se quedó a encubarlo. Después más tarde nació un horroroso cuclillo. Juan se llevó a su casa y lo metió en una jaula, alimentándolo y siendo su diversión favorita.

El animal tenía un pico largo y grueso y unos ojos de lince. Cuando el niño le pasaba la mano acariciándolo se quedaba tranquilo, mas cuando lo acercaba a sus ojillos chillaba, se esponjaba, corría por todos lados y abría un pico tan grande que causaba hilaridad. Llegó el tiempo de las faenas de la cosecha y el niño se olvidó del cuclillo y por dos días lo dejó sin comer. El pobre animal, luchando con el hambre quiso salirse por entre los alambres de la jaula, pero estos le aprisionaron el pescuezo y murió ahorcado.

Mamá Margarita al saberlo, sacó una moraleja diciéndole:

—¿Ves? El cuclillo fué hijo de una mala herencia, ya que nació en un nido ajeno. Terminará mal los hijos cuyos padres les legan un patrimonio

obrado. Tú puedes bendecir al Señor porque tu padre era un hombre honrado. Imitalo, hijo mío, y gana siempre el pan con el sudor de tu frente.

EL PAJARO GLOTON

Otro día encontró en su nido a un pajarraco feo y feo, grande, especie de cuclillo, aquel hazgo fué un tesoro para él. Sin más lo sacó del nido y se lo llevó a su casa. El animal iba dando unos chillidos estridentes y buscaba la manera de libertarse.

—Mamácita, mira este pájaro que he encontrado. Mira qué grande y qué patas tan largas tiene.

—Ay, hijo, qué animal tan horroroso has traído.

—¿Verdad que está feo? Pero está grande.

—Quieres hacerme el favor de guisármelo?

—¡Jamás! Yo no mato ni guiso a ese animal.

—Llévatelo y mételo en la jaula y diviértete con él.

Y así hizo. El pajarraco fue metido en una jaula

y como todos los demás, aprendió a hacer mil cosas, especialmente a dar unos chillidos que molestaban en toda la casa. Un día Juanito entró con un canasto de cerezas y el animal comenzó a chillar. Entonces el niño le acercó una cereza y éste en un momento la engulló. Estiraba el pescuezo como una garza. Aquella diversión agradó sobre-

manera al niño que le dió una segunda y desp
una tercera y una cuarta. El pájaro se infló y a
nas podía sostenerse en pie. No obstante seg
chillando, dispuesto a seguir engullendo más ce
zas. De repente abrió desmesuradamente el p
dió una mirada triste y cayó muerto.

Puedes imaginarte aquella escena. Juanito
sacó de la jaula y comenzó a moverlo. Como si
bastara, le soplabá por el pico para ver si reviv

—Mamá, ¡ya se murió el pájaro!

—¿Qué le has hecho?

—Nada, mamá. Le dí de comer cerezas y
creo que comió tantas que por esto se murió.

Efectivamente la madre comprobó que había
muerto por haber comido demasiado y como siem
pre buscaba en todos los acontecimientos de su
vida de Juanito la oportunidad para darle conse
añadió: ¿ves, como terminan los golosos? La inte
perancia siempre es causa de muchas desgracia
Este animal viviría aún si no hubiera sido golo
Así también el hombre que se deja arrastrar p
este vicio, acorta su vida.

Y mientras la madre seguía sus trabajos h
gareños, Juanito salió a tirar el pajarraco muer
La jaula volvía a quedarse vacía.

Entramos en un período importantísimo de la
da de Juanito. Dios quiso abrir los arcanos de
Providencia divina y enseñarle por medio de vi
ones, que nuestro Santo siempre llamó con el nom
re de "sueños", la vocación especialísima a la
cual era llamado. Tenía cerca de nueve años, nos
arra él mismo, y es mejor que oigamos su palabra,
n este hecho trascendental de su vida. "Estaba
erca de mi casa y me parecía encontrarme en
na llanura o patio bastante espacioso, donde ju
aban alegremente y retozaban una multitud de
ñios. En medio de sus diversiones prorrumpían
blasfemias, que siempre hieren el corazón cris
tiano. Gritos estridentes, palabras mal sonantes y
muchas veces malas se oían por doquiera. Al oír
aquellas palabras que ofendían a Dios no pude so
portar por más tiempo tan grande osadía; sentí
olor y angustia y olvidándome de lo que hacía,
me lancé en medio y arremetí contra ellos a gol
pes. Ellos por su parte se arrojaron sobre de mí, y
con las mismas armas me contestaron. Estaba en
pleno combate, dando y recibiendo, cuando apa
reció en la escena un venerable personaje, noble
mente vestido. Un manto blanco cubría su persona.
Su rostro despedía destellos de luz de manera que

no era posible verlo directamente. Parecía vestido de perlas y esmeraldas. Al contemplarlo quedé atónito y cesando de pelear me sobrecogí de espanto. Con voz dulce me llamó por mi nombre y me ordenó ponerme a la cabeza de ellos, añadiendo estas palabras:

—"Juanito: no con golpes, sino con la mansedumbre y caridad deberás ganarte a estos tus amigos." Un silencio sepulcral siguió a la algarabía y bullicio de los niños, que vinieron poco a poco a rodear al venerable personaje.

—Comienza, inmediatamente añadió, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.

—Pero señor, le dije, esto es imposible. Soy un niño pobre e ignorante ¿cómo lograré enseñar el catecismo a estos niños tan malos? Y al decir estas palabras temblaba de susto. Entretanto todos los niños nos rodeaban en pleno silencio. Sin saber lo que decía, le pregunté:

—¿Quién es usted que me manda hacer estas cosas que son imposibles?

—Por lo mismo que te parecen imposibles, debes hacerlas posibles por medio de la obediencia y de la ciencia.

—¿Dónde encontraré los medios para conseguirla?

—Aquel personaje añadió con tono solemne: "Yo te daré la Maestra. Con sus enseñanzas y bajo su guía todo lo has de conseguir. Sin esta ciencia todo sería vanidad y necedad".

—Pero vuelvo a preguntar: ¿quién es usted que me manda tales cosas?

—Yo soy el Hijo de aquella gran Señora, a la que tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día.

—Mi mamá me ha dicho que no debo estar sin su permiso con personas que ella no conoce. Dígame por esto ¿cómo se llama usted?

—Mi nombre, respondió el personaje, pregúntaselo a mi Madre.

Estaba para contestar a sus palabras e irme inmediatamente cuando apareció a su lado una señora hermosa y bella, llena de majestad sobrehumana; vestía un manto que brillaba por todas partes como si estuviera bordado de estrellas; su sonrisa celestial atraía. Sus ojos me miraban con amor. Al verla me llené de espanto, no pudiendo articular una sola palabra... Ella lo comprendió e hizo una señal para que me acercase. Después pasó su mano delicada sobre de mí y me tomó la mía: Mira, me dijo. Dirigí mis ojos hacia el patio y me di cuenta que todos los niños habían desaparecido y vi en su lugar una multitud de animales

feroces: leones, tigres, leopardos, panteras, osos que aullaban o bramaban con ferocidad.

—He aquí el campo de tu trabajo, me dijo la Señora. Lo que sucede ahora con estos animales feroces debes hacerlo un día con mis hijos. Vuélvete humilde, fuerte y robusto. Miraba yo a la hermosísima Señora que arrobaba mi corazón y me parecía estar lejos de la tierra... Volví la vista para mirar a aquellas fieras y, ¡oh admiración! Se habían trocado en mansos corderillos que triscando y balando dulcemente trataban de festejar a aquellos personajes. No pude más... Lleno de admiración comencé a llorar amargamente, rogando a la gran Señora en medio de mi llanto que me explicara sus palabras que no entendía cuál era su significado. Entóces, levantó su mano y la puso sobre mi cabeza con ternura y me dijo:

—A su tiempo todo lo comprenderás. Sus ojos me miraron como mira una madre a su hijo; muchas cosas me decían... En aquel momento desperté sobresaltado. La visión había desaparecido. Sentí las manos adoloridas por los golpes que había dado. La cara me ardía por las bofetadas recibidas en la lucha. La visión y más aún las palabras de aquellos personajes que eran Jesús y su Santísima Madre María, me preocupaban de tal manera que no pude ya dormir. Me asaltaron en-

tonces mil recuerdos: los animales feroces, los corderillos... escuchaba las blasfemias y palabras indebidas como las amorosas palabras de la gran Señora..."

Así pasaron las altas horas de la noche... Juanito no pudo ya dormir. Su corazón bajo el efecto de aquella visión y enardecido por lo sucedido sintió anhelo vehemente y grande: llegar a ser un día sacerdote del Señor para cumplir con las órdenes de los personajes de momento, salvar muchos, muchos niños y convertirlos de fieras en corderos. En aquel momento no existían dificultades para Juanito, todo le parecía fácil, pues veía desde su lecho que aquella visión no era un sueño, sino más bien una realidad.

Llegó el día siguiente, tinto de luz y de alegría, y lo primero que hizo fué narrar el sueño a su madre, a su abuela y a sus hermanos. Era José que narraba ante Jacob y sus hermanos las maravillas del Señor. También él veía una estrella ante la cual se postrarían todas las generaciones. Durante la narración del sueño, lo contemplaban maravillados.

—Yo creo, dijo su hermano José que tú vas a ser guardián de cabras y de ovejas.

Una carcajada hiriente se escapó de los labios de su medio hermano Antonio. Dióle a Juanito una mirada llena de envidia, sarcástica como tantas

otras que revelaban su poco cariño y le dijo con tono decidido: "¡tú serás jefe de bandidos!"

—No digas eso Antonio, añadió la abuela, que como mayor de edad quiso poner punto final. Los sueños, sueños son y no debemos creerlos. Esto es lo mejor. Empero la madre Margarita que había oído la narración con grande atención, sintió que su corazón latía fuertemente por su Juanito que amaba tanto, comprendió que podría ser una visión del Cielo, y rompiendo su silencio dijo: —Yo creo, hijo mío—, y al decir estas palabras su rostro se encendió de emoción íntima—, que tal vez llegues un día a ser . . . Sacerdote de Dios.

Las madres santas no se equivocan, pues hablan inspiradas por la prudencia y la rectitud. Por ventura en aquel momento la emoción de su corazón se externaría con dos lágrimas, perlas preciosas, al ver con la fantasía a su Juanito, rubio y hermoso, puro y sencillo como los ángeles del Cielo transformado en un hombre de Dios subiendo las gradas del santo altar.

EL PEQUEÑO APOSTOL

Una voz dulcísima había dicho a Juanito en su primer sueño: "Hazte humilde, fuerte y robusto". Estas palabras quedaron impresas en su cora-

zón y recordaba a cada paso la sonrisa amorosa de María que tomándolo de la mano le dijo: "Ponte a la cabeza de ellos, recuerda que son mis hijos". Estos recuerdos lo impellan a hacer el bien. Clara era su misión: convertir a los niños fieras en niños corderos. ¿Los medios? "La obediencia y la ciencia". Desde aquel día memorable sintió en su corazón un deseo inmenso de reunir a los niños para enseñarles el catecismo. Esta fue la orden de Jesús, el Personaje misterioso. Cuantos niños encontró en su camino, se convirtieron en sus amigos. Al salir a la calle con su mamá le decía:

—¿No quieres, mamacita, mientras llegamos contarme algún cuento o algún hecho de la historia?

—Con gusto, Juanito. Te voy a contar un cuento de Bertoldo y Bertoldino.

Así llegaban a la ciudad y de la misma manera volvían.

Al atardecer, cuando regresaban los agricultores del campo, mientras el sol doraba los alpes, Juanito diariamente iba en busca de sus amigos.

—Señora, le decía a una madre, ¿le permite usted a Rafael venir al catecismo?

—¿Quién va a darle este catecismo?

—Pues mire, señora, yo lo voy a dar. Y con una

mirada sonriente, más que con las palabras, le suplicaba que lo dejara.

—Que vaya... Pero cuidale porque es un bribón matriculado. Así por el estilo eran los diálogos, pero al fin y al cabo comenzaba su misión.

Una Ave María, y después el rezo del Sto. Rosario y al final la narración: unas veces era un hecho de la Historia Sagrada, otras algo de Historia sobre los reyes de Francia o cosa semejante que la madre le contaba o había leído en algún libro, pues era un lector asiduo y si le faltaba materia salían a relucir las consejas de la abuela o los cuentos de Bertoldo.

Estas escenas se repetían casi diariamente ya en su casa, ya en las cercanías, en el campo mientras cuidaba los animales o en los mismos caminos.

—Juanita, dijo un día una campesina de un pueblo cercano a su comadre que la acompañaba: ¿Qué sucederá ahí?... ¡mire cuántos niños están sentados al rededor de aquel chiquillo!

—Comadre, acerquémonos para oír de qué se trata.

Y aquellas dos mujeres se acercaron lo necesario para poder distinguir a los personajes. Docenas de cabecitas se volvieron para verlas.

—¡Ah! Ya sé quién es. Vámonos. Es el hijo de Margarita.

—Y ¿qué hace?

—¿Qué hace?... Todo el mundo lo sabe, comadre. Reúne a los muchachos para darles catecismo. Parece un padrecito cómo les predica. Aquellas palabras llegaron al oído de Juanito. Pero mire. Detrás de este árbol detengámonos para oírlo. Ya verá comadre que ese niño tiene boca de oro. Todos los días acudo a sus lecciones sin que él se dé cuenta y estoy encantada de lo que dice. Y acto seguido dejaron la canasta y atentas escucharon un buen rato las palabras del niño.

—Realmente, Catalina, este muchacho es prodigioso.

—¿No se lo decía? Vamos a felicitar a Margarita que vive en aquella casa. Cuestión de unos minutos que no serán perdidos.

—Esta es la puerta de entrada. No tenga pena, Juanita; es persona muy buena. Buenos días Margarita, ¿qué tal está?

—Buenos se los dé Dios, respondió ella dejando de trabajar. Catalina, ¿cómo va la venta?

—Muy bien. He venido para saludarla y felicitarla, pues su hijo me llena de admiración. Dice tales cosas que sólo las he oído decir a nuestro párroco. Estoy maravillada, si parece un predicador de los que oímos en las santas misiones... ¡Qué gran muchacho es éste! El Señor lo ayudará para

que un día llegue a ser un hombre de grande importancia.

—Margarita ruborizada al oír las palabras de Catalina Agagliati, respondió mortificada: ¡Qué Dios lo ayude! Será lo que el Señor quiera.

—Sería una lástima que tanta ciencia se perdiera...

—Ciertamente. Pero El Señor lo ayudará. Ha de ser lo que Dios quiera, añadió nuevamente Margarita mientras se despedía de aquellas vecinas. Estas volvieron a cruzar por donde estaba Juanito dándole una mirada cariñosa. El niño respondió a su saludo y continuó su nueva misión: convertir las fieras en corderos.

EL JUGLAR DE DIOS

La llama vehemente del apostolado se había encendido y crecía hasta inflamar el corazón de este pequeño apóstol. No bastaba dar catecismo. Era necesario reunir, si fuera posible, a los hombres campesinos que no acudían a los sermones de la Parroquia para predicarles la palabra divina. Estas eran las decisiones de Juanito. Para lograrlo desde aquel día acudía a todos los sermones de las Iglesias cercanas y ayudado de su prodigiosa memoria, retenía todo: desde la primera palabra del exordio hasta la última de la deprecación. Lle-

gada la tarde de los domingos y días festivos preparaba el salón de sus reuniones y el templo para la palabra de Dios: éste era el prado vecino a su casita. Sacaba una mesa desvencijada y vieja y sobre de ella colocaba una silla. Del tronco de un hermoso olmo ataba una o varias cuerdas, alguna de las cuales sujetaba a otro árbol para que quedara estirada. Extendía un tapete para sus pruebas acrobáticas y teniendo como bóveda el azul del cielo y como púlpito aquella mesa, reunía a todos los niños circunvecinos por medio de algún ruido o golpes a guisa de tambor, como lo había visto hacer a tantos cirqueros y saltimbanquis, prestidigitadores y payasos que acudían a las ferias del lugar. Aquel ruido atraía no sólo a los niños, sino también a los hombres que acudían al teatro de los hechos.

—Señores; comenzaba nuestro orador, hoy es día domingo, día del Señor; debemos santificarlo ante todo con el rezo del Sto. Rosario. Vamos a rezarlo y después veréis cosas sorprendentes.

Comenzaba el rezo, mientras los unos sentados en el campo y otros de rodillas contemplaban las doradas y rojizas nubes de los hermosos crepúsculos tras de los nevados Alpes.

—Hemos terminado y ahora cantaremos una alabanza a la madre de Dios. Y con su voz argen-

tina y limpia, entonaba un cántico sagrado popular que coreaban todos, yendo su eco hasta los montes que parecían contestar a sus voces.

—Ahora escuchad el sermón que hizo esta mañana el capellán de Murialdo...

—¡Oh! No queremos oír sermones...

—Mejor vámonos... ya estoy fastidiado.

Juanito trepado sobre la silla era un rey que ordenaba como en su trono. Aquellos hombres no deberían irse y deberían obedecer pese a sus sesenta o setenta años.

—¡Ah! ¿Con qué os vais? Marchaos, si queréis, pero al terminar cuando haga yo cosas portentosas y grandes juegos, no permitiré que nadie vuelva. ¿Lo habéis oído?

Con esta amenaza, nadie se retiraba, pues bien sabían que aquel niño los divertía mejor que los mismos juglares.

Y con unción comenzaba el sermón... La explicación del Evangelio, el sermón de la fiesta, la lección de Catecismo que muchas veces duraba media hora.

—Hemos terminado, señores; ahora comenzarán los juegos. Una algarabía y gritos de entusiasmos lanzaban los presentes, mientras el niño de 11 años preparaba sus cacharros y sus botes para comenzar a ser un verdadero juglar de Dios. Caminaba sobre una cuerda floja, cambiaba el agua en vino,

le cortaba la cabeza a un gallo y lo resucitaba, daba el salto mortal, hacía la golondrina, se comía las monedas y las hacía aparecer en los bolsillos de los presentes o en la punta de la nariz; multiplicaba los huevos, etc... Eran tantos los juegos de destreza y prestidigitación, de agilidad y malabarismo que duraba más de una hora divirtiendo a chicos y grandes. También Antonio el hermano malévolo acudía a ver estas suertes aunque escondido y de lejos. De vez en cuando sacaba la cabeza para burlarse del niño o lanzar una carcajada sarcástica al oír sus sermones o se le acercaba durante los juegos para decirle:

—¡Eres un imbécil! ¡Un estúpido! ¡Servir de diversión y hacer el papel de payaso de esta manera! Dándole una mirada de tigre, lo amenazaba con sus puños mientras la gente aplaudía a Juanito para que continuara.

Al terminar, invitaba a todos los presentes a reunirse el domingo siguiente diciéndoles:

—El domingo venidero os haré mejores suertes. Haré que todos pierdan su dinero. Caminaré en la cuerda con las manos y los pies y veréis que este gallo resucitado cantará más entonado y con más fuerza!

Yo creo que los ángeles del Cielo le escucharían con reverencia y Jesús el Personaje de sus sueños y la Divina Pastora lo han de haber bendecido en-

tre sonrisas, mientras desde la humilde ventana de su casita lo contemplaba extática su buena madre encantada de su apóstol, musitando oraciones de agradecimiento a Dios y de grandes augurios para este pequeño Juglar de Dios.

UNA CUERDA PRODIGIOSA

Juanito llegó como de costumbre a la plaza del pueblo. Una multitud de gente lanzaba al aire sonorcas carcajadas. En medio de ella un hombre tipo de charlatán de barriada, los divertía, con sus cuentos y discursos. Los ojos de Juanito descubrieron al grupo y dirigióse a él para oír aquellos cuentos.

Mas pronto sintió vergüenza. Aquel charlatán contaba cosas indebidas en medio de un vocabulario sucio y con expresiones que no eran otra cosa sino blasfemias mal disimuladas. Las risas y carcajadas de los oyentes coreaban sus palabras mientras él, empalagado por su triunfo atizaba su fraseología dándole más colorido y descendiendo cada vez más abajo. No pudo más Juanito Bosco. Si hubiera podido callar al hombre a bofetones, lo hubiera hecho. Pero el recuerdo del sueño de otro tiempo y sobre todo reflexionando que por la mala nada se lograría le inspiraron una santa estratagemas.

Cerca de ahí estaba una cuerda. La tomó en el acto y haciéndole nudos en las puntas buscó dos árboles cercanos, y atrayendo la atención de la multitud con agilidad y medida exacta arrojó un extremo a uno de los árboles. La cuerda quedó bien anudada. Lo mismo hizo en el otro árbol. Acto seguido dió un salto y comenzó a mecerse pendiente de ella. La gente al ver su agilidad y destreza en atar la cuerda en forma singular comenzó a dejar al maldiciente y rodeó a Juanito. Este dió una vuelta en el aire y quedó suspendido de ella con la punta de los pies mientras se mecía de cabeza como péndulo. Aquello era prodigioso. Todos sin excepción, aun los más remisos, dejaron al charlatán y vinieron a presenciar este nuevo espectáculo. Mientras el niño se mecía con fuerza en esa posición, la gente lo miraba en silencio. Después dió otra pirueta en el aire y se asió de la cuerda con las manos. Volvió a mecerse con fuerza y soltándose cambiaba sus manos de dirección girando en el aire su cuerpo. Después logró colocar los pies sobre de ella y con las manos y los pies bien sujetos dió una vuelta completa.

¡Oh! . . . ¡Bravo! . . . Gritó la gente al ver su agilidad.

Y como si no fuera bastante, se puso de pie en la cuerda y comenzó a caminar por toda ella hasta tocar los árboles. En medio de su trabajo, dirigió

la vista en busca del charlatán. Este había cerrado la caja que traía y extático miraba las suertes de Juanito. No era aún tiempo de terminar y por ello siguió sacando de su repertorio los mejores juegos de destreza. Pidió una vara de árbol y caminando en la cuerda la llevaba sobre la punta de los dedos o sobre la frente. A veces caminaba con un solo pie, otras veces se dejaba caer, sacando los pies de la cuerda para sostenerse de ella con las manos. El charlatán se disgustó porque lo habían abandonado y sin más, se retiró. No obstante Juanito Bosco siguió divirtiendo al público hasta el atardecer, cuando todos se retiraron a sus hogares.

Dios había dotado a Juanito de una agilidad y fuerza prodigiosas. Convencido de su misión no desperdiciaba ocasión de usarla para evitar el mal. "No con los golpes... eran las palabras que guardaba dentro de su corazón, sino con la mansedumbre y caridad deberás ganar a tus amigos". Había cumplido una vez más su misión de preservar de la ofensa de Dios a muchos niños que pendían de los labios del charlatán, por medio de una cuerda que llamaremos prodigiosa.

ENCUENTRO CON DON CALOSSO

Estamos en el año de 1826. El Santo Padre León XII había extendido el jubileo del Año Santo a

todo el mundo. También en los pueblitos lejanos se celebraba con fiestas y grande fervor esta gracia tan singular. Para preparar a los fieles a ganar la indulgencia se celebraba una misión con los mejores predicadores del Piamonte. Todos los pueblos circunvecinos acudían con verdadera y ejemplar piedad; entre las multitudes de Murialdo, iba un anciano y pío sacerdote, doctor en Teología y gran letrado que por sus enfermedades se había retirado a la Capellanía de Murialdo. Una tarde de Abril, hermosa y bella, llena de luz y de poesía regresaban hacia Murialdo miles de campesinos. Entre ellos iba un niño que por su recogimiento y seriedad atrajo la atención de Don Colosso, capellán de Murialdo. Este se acercó al pequeño y le dijo:

—Querido niño ¿en dónde vives?

—Soy de I Becchi, contestó Juanito con alegría.

—¿Tienes padre?

—No señor. Mi padre murió cuando era yo pequeño. Apenas lo recuerdo.

—¿Tu madre vive?

—Sí vive, pero es muy pobre y tiene que mantener a cinco.

—¿De qué lugar vienes? ¿Acaso has ido a la misión?

—Sí, señor. He ido a escuchar los sermones de los misioneros.

—Pero ¿qué podrás entender tú, siendo tan pequeño? Mejor sería que tú mamá te enseñara a rezar y te diera consejos en tu casa.

—Mi madre, también me predica, pero he ido gustoso a los sermones, pues los comprendo.

—Muy bien. Mira estos veinte céntimos: seran tuyos si me repites cuatro palabras sobre el sermón.

—Una sonrisa se dibujó en los labios de Juanito que contestó: Con mucho gusto. Únicamente deseo que me diga cuál debo repetir: el sermón de la mañana o el de la tarde...

—El que te haya gustado más, respondió Don Calosso.

Con grande admiración del sacerdote, y de la gente que poco a poco iba rodeándolo, comenzó a repetir de memoria el exordio, los puntos y la conclusión del sermón, como si lo estuviera oyendo.

—Muy bien, muy bien, prorrumpió el capellán, después de haber escuchado a Juanito durante media hora. Quiero ahora que me repitas el sermón de la tarde.

—En el sermón de la tarde el misionero habló del encuentro del alma del condenado con su cuerpo el día del Juicio Universal. Y con grande soltura repitió Juanito el diálogo entre el cuerpo y el alma. Cuando terminó, la multitud lo aclamó mien-

tras Don Calosso estaba emocionado viendo las maravillas del Señor en un niño.

—¿Cómo te llamas, amigo mío?

—Juanito Bosco.

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí.

—¿Has estudiado la gramática?

—No, señor.

—¿Desearías estudiarla?

—Muchísimo, pero...

—¿Pero quién te lo impide?

—Mi hermanastro Antonio que dice que estudiar es perder el tiempo y que debo trabajar con él en el campo, para ayudar a la familia.

—¿Y para qué desearías estudiar?

—Al oír esta pregunta el rostro de Juanito se sonrojó: parecía iluminado; se veían sus hermosos ojos más grandes, su rostro era angelical. Clavando su vista en el azul del Cielo exclamó con verdadera efusión de amor:

—¡QUISIERA SER SACERDOTE DE DIOS!

—¿Y con qué fin desearías ser sacerdote?

—Para acercarme a instruir a tantos compañeros míos que ahora son malos porque no encuentran un sacerdote amigo que los cuide.

—Una honda impresión sintió en su corazón el santo sacerdote al oír estas resoluciones. Mientras

hablaba el niño la mirada de Don Calosso estaba fija en él.

—¿Sabes ayudar la Sta. Misa?

—Sí, señor, pero muy poco.

—Bueno. Mañana te espero en mi casa. Tengo que decirte algo muy importante. Adiós.

Habían llegado a la bifurcación de los caminos.

Juanito al día siguiente puntualmente se dirigió a la Iglesia de San Pedro para ayudar la Santa Misa a Don Calosso. Aquella noche no pudo dormir pues esperaba con anhelo que amaneciera el nuevo día para ir con el sacerdote. Sentía en su pecho un deseo vehemente de platicarle, de abrirle su corazón: estaba seguro que había encontrado un verdadero amigo. Al terminar el Sacrificio del Altar, Don Calosso lo invitó a ir a su casa y le dijo:

—Muy bien. Sabes que debo escribir el sermón del misionero ¿Serás capaz de dictármelo?

—Sí, con mucho gusto. Pero yo no se bien el italiano.

—Eso no importa. Dictámelo en piamontés.

—Con mucho gusto.

—El capellán se sentó a la mesa y comenzó a escribir lo que Juanito le dictaba. Don Calosso quedó perplejo: El exordio era completo y parecía que lo estaba escuchando de boca del predicador.

Al terminar le dijo: Dios te bendiga, hijo mío,

pues te ha dado una memoria portentosa. Ojalá sea para bien de tu alma. Quédate tranquilo. De hoy en adelante yo me cuidaré de ti y de tus estudios. Di a tu madre que venga el domingo venidero y arreglaremos todo.

Juanito volvió a su casa lleno de felicidad y gozo.

—"Mamá, el Padre Calosso te llama. Desea hablarte el domingo venidero. Me ha dicho que él me ayudará a estudiar para que llegue a ser sacerdote. Es muy bueno. Parecía un santo cuando decía la Santa Misa. Después me llevó para que le dictara el sermón de ayer en la tarde" ... y cuanto hizo y dijo, lo narró exactamente a su madre que al oírlo se llenó de gozo.

Al domingo siguiente Margarita fué a entrevistar al capellán y le manifestó las dificultades que encontraban en Antonio. La conclusión fué que Juanito debería estudiar cada día una hora y el resto del día lo ocuparía en ayudar a Antonio en las faenas del campo. Un nuevo horizonte risueño y bello lleno de esperanzas se abría para Juanito Bosco.

LA ESCUELA DE MURIALDO

Los meses pasaron y llegó el otoño. Juanito feliz, gozando de una paz interior y con mil casti-

llos e ilusiones en su mente jugueteaba alegremente y a la vez ayudaba a su mamá.

El consejo de Don Calosso era claro y terminante. Estudiar cuanto antes. Esto había sido imposible por la oposición sistemática de su hermano Antonio que a la fuerza se lo llevaba para dedicarlo al trabajo campestre. Margarita siempre prudente no queriendo buscar dificultades dolorosas toleraba la imposición del hijo mayor de su difunto esposo.

Un día cuando Juanito no lo esperaba, salió a su encuentro Don Calosso que le preguntó:

—¿Has comenzado ya a estudiar? ¿Asistes a la escuela?

—No Padre. No ha sido posible. Cuando me disponía a ir a clases con usted, Antonio montó en cólera y se produjo un disgusto muy grande en la casa. Mi madre me ha dicho que tenga paciencia. No han valido mis lágrimas ni mis ruegos. Antonio está decidido a no dejarme estudiar, pues dice que debo ser campesino para ayudar a la familia.

—Está bien. Siento mucho lo sucedido. Ve a decirle a tu madre que digo yo que mañana te mande conmigo. Yo mismo te daré clase.

Puedes imaginarte, querido lector, la gran alegría que experimentó Juanito. Corrió inmediatamente al encuentro de su madre y con transportes de

júbilo le dió la nueva. Margarita sintió gozo en su alma, pues buscaba ocasión favorable para dar este paso tan deseado.

Desde el día siguiente, Juanito se puso totalmente en manos de Don Calosso. Le abrió su alma completamente, manifestándole sus defectos infantiles y ese acopió inmenso de virtudes que más tarde tenían que cristalizar rayando en su heroísmo y formando un santo de gran talla, y una columna de la Iglesia Católica. A Don Calosso agradó bastante la franqueza de Juanito Bosco, pues de esa manera lo podía guiar con más seguridad. El mismo Don Bosco decía más tarde que el encuentro con Dn. Calosso fue un acto providencial en su vida pues "en la escuela del santo sacerdote aprendí a amar la vida espiritual, cosa que me agradaba pero la llevaba a cabo de una manera mecánica. Inmediatamente me prohibió alguna penitencia que hacía y que era impropia de mi edad; me enseñó a comulgar frecuentemente; diariamente hacía, por indicación suya, una breve meditación y una corta lectura espiritual.

Los domingos me quedaba para acompañarlo en su ministerio y durante la semana le ayudaba la santa Misa".

En unos cuantos meses, Juanito aprendió la gramática italiana. En Pascua nuestro escolar ya

traducía composiciones italianas al latín y viceversa. Su gran inteligencia, su memoria portentosa y su asiduidad en el estudio hicieron ver a Don Carlos un futuro sabio y santo sacerdote.

LAS PRIMERAS PENAS DE JUANITO

Grande era la misión que Dios deparaba a Juanito. La Divina Providencia que todo lo dirige para bien del hombre preparaba a Don Bosco para que un día fuese el padre de los niños huérfanos. Por eso le quitó desde su tierna edad a su amado padre y por eso lo llevó fuera del hogar para que probara las penas y amarguras del pobre.

Su hermanastro Antonio había llegado al paroxismo del odio y de la animosidad en contra de Juanito. Las dificultades llovían a granel y mamá Margarita, siempre prudente, con el corazón traspasado por el dolor, decidió alejar a Juanito del hogar al menos por algún tiempo, para rehacer de esta manera la paz siendo víctima aunque inocente el pobre niño.

Era una mañana fría y triste, de esas mañanas cubiertas de nieve, sin adorno, sin trinos de pajarrillos, sin sol, en una palabra, sin alma. En el umbral de la pobrísima casa de Margarita se encontraba ésta dándole la bendición a su hijo, que llevan-

do un lio de ropa al hombro oía con las lágrimas en los ojos las últimas recomendaciones de su madre.

—Hijo mío, le dijo, espero que pronto volverás. Bien sabes que por algún tiempo es necesario que vivas en otra parte. Ve a buscar trabajo. Si no lo hallas dirígete a la casa de los Moglia que son ricos, en el pueblo de Moncucco. Creo que allá te aceptarán.

Si hubieras presenciado, buen lector, esa escena creo que también hubieras llorado con el niño. Era Rebeca que despedía a Jacob, su hijo amado para evitar las iras de Esaú. Lo veía partir para Caldea sin dinero, sin medios materiales; llevado únicamente por la esperanza y la confianza en Dios. Así Juanito Bosco abandonó su casita de Castelnuevo y caminaba solo, acompañado únicamente por su Angel Custodio que de seguro besaría las huellas del niño santo, llamado por Dios para remediar tantas penas y lágrimas y acrisolar su corazón con la pobreza y sufrimiento.

En medio de la nieve, con los pies descalzos se alejó llevando en su corazón la imagen de su amada madre y perdonando a su hermano Antonio con toda el alma. En aquellos momentos sus pensamientos eran tristes como el aire, fríos como la nieve, pero miraban el más allá: ese sol que aunque opacado por la neblina del momento, brillaba

en su cenit: la obediencia a la voluntad de su madre.

EL DESTIERRO

Después de caminar llevando como fortuna dos camisas, dos pañuelos y un libro de Religión que le había regalado Don Calosso, llegó a un villorrio cerca de Buttigliera D'Asti. Una familia que conocía a Margarita vivía en aquel lugar. Lo recogieron, pero pocas horas después Juanito se dió cuenta que era de grave peso a la familia, pues no la podía ayudar en nada por estar en el invierno y nuevamente comenzó su peregrinación en busca de un hogar. Cuántas veces le vino a la mente su casita, su buena y bondadosa mamá y ahogaba en llanto tan dulces añoranzas.

De ahí se dirigió a Moriondo; se acercó a una familia conocida y después de manifestarle su necesidad y sus penas, ésta le dió una negativa rotunda, probándole la pobreza e imposibilidad de aceptarlo.

No le quedaba otra esperanza que ir a la casa de los Moglia. La nieve aumentaba. El niño sentía frío, pero su ánimo fuerte y avezado al sufrimiento le daba fuerzas para seguir el camino del destierro.

Después de caminar varias horas más, llegó a la casa de los Moglia. Al entrar se encontró con el

tío paterno del dueño de la casa, José Moglia el cual lo interpeló:

—¿A dónde vas?

—Voy en busca de un amo para ofrecerle mis servicios.

—Bravo, contestó el tío. Trabaja, adiós y acompañó las palabras con un movimiento de despedida. El niño recibió el baño frío en su alma: quedó perplejo, indeciso y sin valor. No obstante se acercó al granero donde estaba toda la familia Moglia preparando varas para las vides.

Al verlo el dueño le dijo con tono decisivo:

¿Qué buscas, muchacho?

—Quitándose la gorra, respondió Juanito: Busco al Señor Luis Moglia.

—Soy yo. ¿Qué deseas?

Mi madre me ha dicho que le suplicara me aceptara para servirle de mozo.

—¿Quién es tu madre? ¿Por qué te despide de casa siendo tan pequeño?

—Mi madre se llama Margarita Bosco. Mirando que mi hermano Antonio me maltrata y me da de golpes y provoca diariamente disgustos porque no me quiere, me dijo ayer: Toma estas dos camisas y dos pañuelos y dirígete a Bausone, cerca de Chieri en busca de un puesto de criado: si no lo encuentras, ve a la casa de los Moglia entre Mom-bello y Moncucco, buscarás al amo y le dirás que.

yo soy tu madre la que le suplica te acepte a su lado, en calidad de.....

—Pobre muchacho, interrumpió Moglia. Yo no puedo aceptarte. Estamos en pleno invierno y bien sabes que se despiden a todos los zagales. Acostumbramos llamarlos hasta la fiesta de la Anunciación. Ten paciencia. Vuélvete a tu casa.

—Acépteme por caridad, respondió el niño. No quiero que me pague: únicamente le suplico me permita vivir aquí.

—No te quiero en mi casa, ¿lo has entendido? Estás muy pequeño y no sirves para nada.

—Entonces Juanito rompió en amargo llanto. Sus ojos manifestaban la pena de su corazón sangrante y destrozado por el hermano Antonio y por el duro destierro. Era una ave sin nido, que volaba solitaria buscando hogar. Se le helaba el alma por el sufrimiento y desamparo y volaba su pensamiento nuevamente tras los montes nevados y escuetos, penetraba hasta el hogar materno y con sollozos desahogaba su corazón.

—Acépteme, señor, acépteme. Yo me siento aquí y no me voy. Acercándose al corral así lo hizo y comenzó a trabajar como los demás de la familia. La esposa de Don Luis, Doña Dorotea intercedió ante su esposo:

—Luis, le dijo, admítelo. Pobre niño. Piensa si

fuera un hijo nuestro la pena que sentiríamos. Tiene cara de bueno, inteligente y trabajador.

—Pero, ¿en qué lo ocupamos?

—Que cuide el ganado, que limpie los establos y que ayude en los trabajos del campo:

—Muchacho, exclamó Don Luis, quédate, pues. ¡A trabajar!

Juanito aún con las lágrimas en sus ojos, miró sonriente al señor Moglia y le dió las gracias.

Desde aquel momento se le contó como un vaquero y criado de la casa.

SERE SACERDOTE

Grande, ardiente era la sed que sentía Juanito por estudiar. Hacía ya varios meses que había interrumpido sus estudios al separarse de su grande amigo Don Calosso: se hallaba lejos del hogar materno, sin medios, sin ayuda, pero con un corazón lleno de fortaleza para luchar contra las dificultades hasta vencer. Siempre que cuidaba el ganado en el campo, después de orar tomaba su gramática latina que le había regalado el santo sacerdote antes de abandonar I Becchi y estudiaba. Otras veces leía su catecismo compañero inseparable. En medio de las faenas del campo, cuando guiaba el arado entre los surcos, estudiaba llevando su libro abierto.

Un día el patrón le preguntó: veo que estás estudiando siempre. ¿Para qué estudias de la mañana a la noche?

—Con entereza el niño contestó: Porque deseo con la ayuda de Dios llegar a ser un día SACERDOTE DEL SEÑOR.

—¿Tú sacerdote? Exclamaron todos, al oír las palabras del niño.

—¿No sabes que para llegar a ser sacerdote se necesita tener un capital de nueve mil o más liras para sufragar gastos por más de diez años? ¿De dónde obtendrás esta suma? Y dándole unas palmadas amorosas en la espalda, el patrón añadió: Está bien, señor sacerdote.

La contestación de Juanito fué: Ya lo veréis.

Su rostro sonrojado parecía manifestar la firmeza de su corazón. Ana Moglia, hermana de Don Luis lo llamó un día y le dijo: Es necesario que reflexiones. Deseas ser sacerdote, ese es tu pensamiento, pero eres sumamente joven, ¿cómo harás para poder cursar los estudios?

La pobreza, replicó el niño, no me preocupa. Encontraré personas caritativas que me han de ayudar y aunque con sacrificios y privaciones lograré cumplir mi deseo. Su resolución admiró de tal manera a sus patrones que con amabilidad y condescendencia le daban permiso, después de terminar las

principales faenas del campo para retirarse al pastar y estudiar su gramática latina.

El tío de Don Luis, de nombre Juan, más condesciente, en las tardes llamaba a Juanito y le decía: Deja el arado o la yunta y ve a estudiar, falta poco para que decline el día. Yo haré lo que faltq. Con una sonrisa de agradecimiento Juanito le daba las gracias y corría jubiloso a estudiar.

RETORNO A LA FAMILIA.

Habían transcurrido casi dos años desde que Juanito abandonara su casa. Vínculos de cariño y gratitud lo unieron a la buena familia Moglia que le había dado hospitalidad. Don Luis Moglia al terminar el año de 1828, entregó a Margarita, madre de Juanito treinta liras y en el otoño del año siguiente, cincuenta liras más como gratificación por la ayuda del niño.

Una mañana del mes de Diciembre cuando llevaba el ganado a pastar encontró a su tío Miguel Occhienna el cual le preguntó cómo se hallaba.

—No puedo estar contento, respondió, porque me hallo lejos de mi madre y quiero dedicarme a mis estudios.

—Pobrecito, contestó el buen anciano; no te aflijas. Ve y deja el ganado, da las gracias a tus

patrones y vuelve a la casa de tu madre y le dirás que soy yo el que te ha mandado. Apenas vuelva del mercado, iré personalmente con mi hermana Margarita. El niño obedeció: se presentó a sus patrones y les manifestó su decisión y el encuentro con su tío. Grande fue la admiración de los Moglia tanto como su pena al tener que separarse de un niño que más que criado, había sido un hijo suyo. Dos Luis después de reflexionar un poco dió el permiso al niño. La despedida fué tierna: todos lloraron y haciéndole señales le vieron perderse en la distancia. Era Jacob que volvía al regazo de su madre.

En el largo camino, que recorría iba pensando en el porvenir. Leyantaba su serena frente al Cielo y al recibir las tenues rayos del sol matinal, le pedía a Dios que pronto encontrara un sacerdote o un colegio donde pudiera estudiar para llegar a la cumbre de sus santas aspiraciones. La Providencia divina lo había ya ejercitado en el amor a los niños. Ahora lo adiestraba en faenas del campo para que más tarde no sólo fundara los Oratorios Festivos, sino también las Colonias Agrícolas.

Llegó al umbral de su casa; la emoción embargaba su corazón. Al llegar con su madre le dió un abrazo y comenzó a llorar de alegría.

Esta le preguntó: Pero Juanito, ¿por qué has abandonado la casa de los Moglia?

El niño le contó lo sucedido.

Margarita entonces sin perder la amabilidad ni la serenidad de su espíritu con firmeza santa lo reconvinó urgiéndole a que volviese a la familia Moglia, pues tal era su voluntad para bien suyo. No quiso escuchar objeciones y le ordenó volver al instante.

¡Oh altos designios de Dios! Con las lágrimas en los ojos y el corazón transido de dolor, nuestro buen amigo, siempre obediente a la voz materna, tomando nuevamente su lío de ropa abandonó el umbral de su casa.

Los santos deben acrisolarse en el sufrimiento.

ASTUCIA DE JUANITO

Piensa, atento lector, que Margarita al recriminar a su hijo por haber abandonado la casa de los Moglia y retornar a la suya lo hacía con el corazón lleno de dolor. Amaba muchísimo a sus hijos, pero en especial al más pequeño y más bueno: a Juanito. Desde luego la separación de casi dos años le había hecho suspirar por su hijo; semejante actitud la había asumido porque el hermanastro Antonio estaba presente a la llegada del niño. Esta fué la causa por la cual se puso severa con él y le ordenó volver atrás, con el fin de ma-

nifestar a Antonio que ella buscaba siempre evitar dificultades entre ellos.

No obstante la orden recibida, nuestro amigo aunque lloroso, adivinó que su madre dentro del corazón ansiaba que se quedara y descifraba en su mirada algo escondido.....

Salió de allí, pero después de meditarlo decidió no regresar a la casa de los Moglia, sino esconderse cerca de la casa materna y esperar el regreso de su tío Miguel, que formalmente le había asegurado regresar del mercado y directamente pasar a hablar a Margarita. Entre unos troncos de árboles y piedras de una cerca derruida se escondió y esperó ansioso al tío. De vez en cuando miraba en lontananza para descubrir la llegada de Don Miguel. Otras veces se asomaba entre las ramas para ver su casita y observar si alguno salía de ella. Horas después, tal como lo había prometido, llegó el tío y entró a hablar con Margarita. Cuando el niño lo vió, salió a su encuentro y le contó lo sucedido. Esté le pidió que tuviera paciencia y tranquilidad. Corta fue la entrevista entre los dos hermanos, pues Margarita mandó llamar a Juanito y en presencia de su hermanastro Antonio lo aceptó impelida por las razones de su hermano; esta vez con más decisión de defender a su hijo y llevarlo por el camino que anhelaba. Días después

de su llegada lo llevó al párroco de Castelnuovo para que le diera algunas horas de clase. El párroco Don Dessano no pudo aceptar por sus muchos trabajos; así también sucedió con el de Buttigliera, más no se desanimaron y esperaron algunas semanas para buscar más amplios horizontes.

La prueba había terminado y ahora el Señor lo llamaba para comenzar la ardua ascensión del estudio y de la ciencia.

NUEVAMENTE DESTERRADO

Margarita como buena madre que buscaba el bien de sus hijos se hallaba aflijida al ver que pasaban los meses y Juanito no podía encontrar un maestro que lo aceptara. Quiso la Divina Providencia mandar un rayo de luz en la noche tenebrosa por la cual atravesaba nuestro amigo.

Don Calosso, un poco más libre del trabajo, lo mandó llamar un día y le preguntó cómo había pasado esos años de ausencia. Juanito le narró todos sus sufrimientos, sus penas, su destierro doloroso, terminando por manifestarle una vez más sus grandes deseos de estudiar. La conclusión del venerable sacerdote fué consoladora en extremo para el niño. Le prometió que él mismo le daría

clase y que al día siguiente volviese para quedarse durante el día con él; únicamente regresaría por la tarde a su casa. Margarita al saberlo dió gracias a Dios y preparó con sus consejos a su hijo. José prometió a Antonio que supliría a Juanito en los trabajos del campo. Antonio no lo aprobó y se opuso abiertamente. Feliz y contento desde el día siguiente acompañó al santo sacerdote: servía la mesa, barría la casa, iba con él a ver a los enfermos; rezaba y también recibía sus clases diariamente. En poco tiempo progresó mucho en los estudios. Cuando regresaba por la tarde, Antonio no perdonando coyuntura para molestarle se burlaba de él y lo zahería. Juanito contó a Don Calosso las penas que sufría con su hermano. El sacerdote determinó para evitar dificultades, que el niño trajera su ropa y habitara en su casa. Un nuevo destierro aunque más dulce.....

Margarita lo despidió, pidiéndole valor para hacer este nuevo sacrificio con tal, de conservar la paz y tranquilidad en el hogar.

Aquí tienes a Juanito como servidor de un sacerdote. Nuevamente probaba el cáliz de la separación de su madre tan buena y cariñosa pero con fortaleza aprendía a sufrir para prepararse a la gran misión de llegar por los altos designios de Dios a ser el PADRE DE LOS NIÑOS HUERFANOS.

LA MUERTE DE DON CALOSSO

Era una mañana del mes de Noviembre de 1830. Juanito lleno de alegría había pedido permiso a Don Calosso para ir a ver a su mamá. Apenas había llegado a su casa y preparaba su ropa limpia para esa semana cuando he aquí que llegó una persona afanosa y fatigada de tanto correr y le anunció que Don Calosso estaba gravísimo y lo llamaba urgentemente.

A carrera veloz se dirigió a la casa del sacerdote que había sido víctima de un golpe aplopético. No podía hablar, pero dirigió al niño una mirada llena de ternura, en la que revelaba arcanos de su alma. Intentó hablar, no pudo; entonces sacó una llave que tenía debajo de la almohada y se la dió manifestándole con los ojos que lo que había encerrado en el escritorio era para él. Con gran pena de Juanito, después de dos días de agonía, murió su grande protector, el padre Calosso. Inmediatamente llegaron los herederos y exigieron la llave del escritorio. Juanito sin titubear la sacó del bolsillo y dijo a uno de ellos:

—Esta llave me la dió el Padre antes de morir y con señales claras me indicó que lo que había dentro del escritorio era para mí. No obstante, aquí está. Al abrir el escritorio uno de los parientes encontró seis mil liras. Después de un momento de

reflexión dijo a Juanito: Tómalas, son tuyas, pues si manifestó mi tío su voluntad, debemos respetarla. Mas heroicamente Juanito contestó:

—No, tomad vosotros ese dinero. Yo quiero ser siempre pobre. No cambio por un puñado de dinero el Paraíso que me espera.

Los parientes no salían de su sorpresa al ver en un niño tanta virtud y heroísmo. El corazón de nuestro pequeño amigo quedó atravesado por el dolor. Durante la noche se despertaba y comenzaba a llorar al pensar en su bienhechor. Durante el día pensaba en él, lleno de tristeza; no podía comer y era tal su sufrimiento que Margarita temiendo por su salud, determinó mandarlo algunos meses al pueblo de Capriglio con el abuelo del niño para distraerlo, y hacerle olvidar en parte el recuerdo de Don Calosso.

Años más tarde ya sacerdote escribía sobre esto: "Nunca olvido ni olvidaré la figura de Don Calosso y desde su muerte diariamente he rezado por él". El agradecimiento de Juanito fue perenne pues tenía un corazón lleno de caridad y amor.

CONCLUSION.

Aquí tenemos, amable lector, lo que llamaré la primera etapa de la vida de Don Bosco. Has leído las principales anécdotas de su vida de niño.

Espero que conocerás en otro tomo de estas Lecturas Católicas a Don Bosco joven. Entretanto imita su celo, su amor por los niños, esa conciencia cristiana y pura. Dejamos a este niño santo en la edad de trece años cumplidos. Va a lanzarse en busca de medios para seguir su ideal: llegar a ser sacerdote ya no como un impotente y desvalido, sino como un jovencito que comienza a valer-se por sí mismo y que puede por su esfuerzo vencer las dificultades en el largo y doloroso camino que lo ha de llevar hasta las gradas del altar santo. Has palpado que su santidad es sencilla, es asequible y fácil aun viviendo como todos los niños una vida de travesuras infantiles.

F I N .